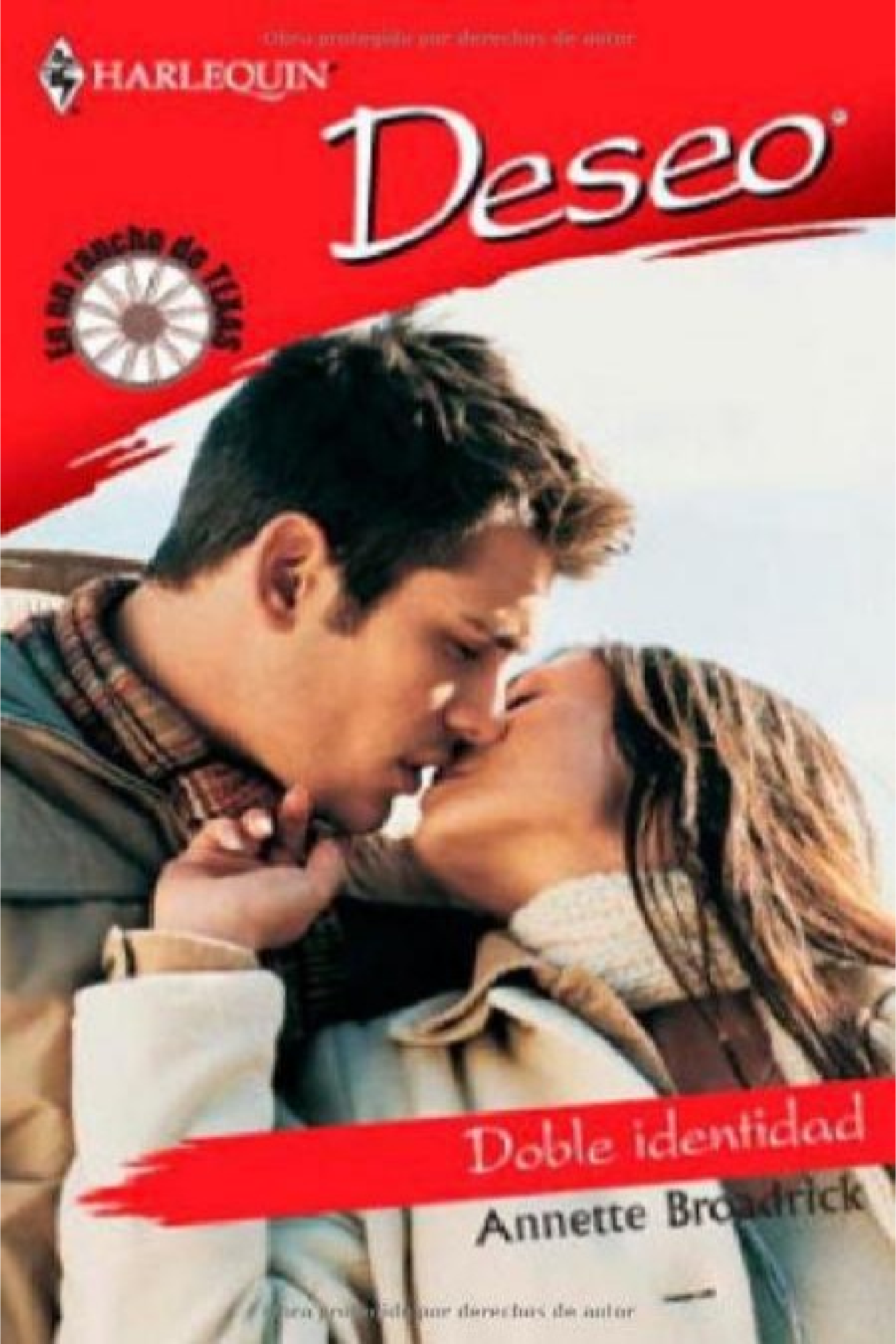

Obra protegida por derechos de autor
HARLEQUIN
Deseo
Doble identidad
Annette Broadrick
Obra protegida por derechos de autor

Doble Identidad

Annete Broadrick

3º En un Rancho de Texas
Doble Identidad (2006)
Título Original: Double identity (2005)
Serie: 03 En un Rancho de Texas
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Deseo 1483
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Jude Crenshaw y Carina Patterson

Argumento

Acostumbraba a amarlas y después las abandonaba…

Jude Crenshaw era el hombre perfecto para aquella misión. Su increíble atractivo serviría para cautivar a la dulce e inocente Carina Patterson. El aguerrido agente secreto estaba seguro de que conseguiría la información que necesitaba antes de que nadie saliera herido.

Pero Carina consiguió llegar hasta lo más hondo de su corazón. Si hacía su trabajo estaría traicionándola y podría incluso destruir a su familia. Pero tampoco podía marcharse y alejarse de ella…

Capítulo 1

En un piso de Fort Meade, Maryland, sonó el teléfono a las siete en punto de la mañana y despertó a Jude Crenshaw, que estaba profundamente dormido.

—Diga —murmuró con los ojos todavía cerrados.

—Lo llamo de la oficina de la señora Kincaid —le dijo una voz —. Espere un momento, por favor.

Kincaid era su supervisora en la Agencia de Seguridad Nacional. Jude llevaba cuatro años trabajando para aquella institución que lo había contratado como civil al dejar el ejército, en el que había servido en operaciones especiales.

Hasta hacía seis meses, momento en el que lo habían ascendido a un cargo de supervisor, había estado siempre activo en misiones.

No tenía ni idea de por qué Jackie Kincaid querría hablar con él tan pronto, pero se incorporó, se frotó los ojos y se levantó de la cama.

—¿Jude? Hola, soy Jackie. Perdona por llamarte tan temprano. Intenté ponerme en contacto contigo ayer, pero no me fue posible. Quise dejarte un mensaje en el contestador del teléfono móvil, pero no pude.

—Estaba en la Costa Oeste. He vuelto de madrugada —le explicó Jude.

—Ya sé que esta semana estás de vacaciones, pero ha surgido algo y necesito que vengas.

—¿De qué se trata?

—Tenemos una reunión interdepartamental a las nueve y quiero que acudas.

—¿Con qué departamento?

—Con el de Lucha Antidroga.

—¿Estás de broma?

—Desgraciadamente, no. ¿Te da tiempo de llegar para las nueve?

—Claro que sí —contestó Jude bostezando.

—Muy bien. Entonces, nos vemos dentro de un rato.

Jude se puso en pie y se estiró. Su cuerpo todavía no se había acostumbrado al cambio de horario y le estaba costando un poco

reaccionar, así que fue a la cocina a prepararse un café.

Mientras se hacía, se dirigió al baño a ducharse y, al mirarse al espejo, decidió que no le iría nada mal cortarse el pelo.

Había estado mucho tiempo al aire libre en el sur de California y ahora tenía la piel muy bronceada y el pelo más rubio que nunca.

Tras ducharse y afeitarse, se vistió y volvió a la cocina por su dosis de cafeína. Tras tomarse una taza, metió lo que sobraba en un termo para llevárselo a la oficina.

A continuación, bajó al garaje donde tenía un maravilloso Porsche último modelo que, por desgracia, se pasaba más tiempo allí metido que en ,la carretera.

Jude se puso al volante en dirección al complejo de la Agencia de Seguridad Nacional y, mientras se tomaba una segunda taza de café, decidió que aquel día el atasco no lo iba a enfadar.

Cuando llegó a la oficina, subió a su despacho, ojeó el correo y se dirigió al despacho de Kincaid.

Al llegar, su secretaria lo miró y sonrió.

—Bienvenido a casa, ojos azules —lo saludó Justine—. Vaya, qué bien te sienta estar moreno.

—Gracias —sonrió Jude—. He quedado con Jackie.

—Acaba de llegar —contestó Justine—. Estás muy guapo. Seguro que las chicas te persiguen por la calle —bromeó la secretaria.

Jude sonrió y avanzó hacia la puerta del despacho.

Justine tenía treinta y tantos años, estaba felizmente casada y era madre de tres hijas. Desde que había conocido a Jude, siempre le había dicho que le encantaría tenerlo como yerno si estaba dispuesto a esperar a una de sus hijas.

Al entrar en el despacho de Jackie, Jude vio a tres hombres y a una mujer sentados frente a la mesa de su supervisora. Al oír que la puerta se abría, se giraron y Jude vio que estaban muy serios.

Uno de los hombres se puso en pie y fue hacia Jude. Tenía casi cincuenta años, el pelo oscuro con algunas canas y no dudó en hacer un repaso visual de Jude de pies a cabeza.

—Jude, te presento a Sam Watson, del Departamento de Lucha Antidroga. Éstos son tres de sus agentes: John Greene, Hal Pennington y Ruth Littlefield.

Acto seguido, los tres agentes se pusieron en pie y Jude les

estrechó la mano.

—Ahora que estamos todos, vayamos a la sala de conferencias, que tendremos más espacio —

propuso Jackie guiándolos fuera de su despacho—. Sam, explícale a Jude por qué querías hablar con él —añadió una vez estuvieron todos sentados en la sala de conferencias.

Watson sonrió, lo que transformó su rostro, y Jude pensó que debía de ser más joven de lo que parecía a primera vista.

—Gracias, Jackie —dijo girándose hacia Jude—. Tengo un grave problema en la oficina de San Antonio. Uno de mis agentes murió la semana pasada y tenemos razones para creer que otro de nuestros agentes está involucrado en su muerte.

—Vaya —se lamentó Jude.

—Necesito a alguien en quien pueda confiar para que se venga con nosotros de incógnito.

Estaba buscando y he visto tu expediente. He visto que has trabajado en operaciones especiales durante varios años.

—Así es.

—También he visto que eres de Texas.

Jude sonrió.

—No lo puedo negar.

—Por lo visto, provienes de una familia bastante conocida de allí.

—Sí, es que somos muchos.

—Eres ideal para lo que quiero hacer.

Jude asintió y esperó.

—Mira, lo que te propongo es lo siguiente. Llevamos varios meses investigando a una familia que se apellida Patterson. Son dueños de un negocio de importación y exportación que creemos que es una tapadera de contrabando de armas y drogas. Gregg, el agente al que han asesinado, era una de las personas que estaba trabajando para conseguir pruebas contra los Patterson porque queremos encerrarlos cuanto antes, sobre todo porque sospechamos que han sobornado a un agente o dos para que hagan la vista gorda. Se nos adelantan hagamos lo que hagamos, así que es evidente que tienen un topo dentro de nuestro grupo. Hemos entrado varias veces en su empresa y nos han denunciado por molestarlos porque afirman ser empresarios honestos —le explicó Watson bebiendo

agua—. Dos días antes de morir, Gregg se saltó la cadena de mando y contactó directamente conmigo alegando que sospechaba de otros dos agentes. Tenía la sensación de que no me estaban llegando los resultados de la investigación y quería averiguar qué estaba pasando. Yo le dije que me llamara en cuanto supiera algo, pero aquélla fue la última vez que hablamos porque unos días más tarde se mató en un accidente de coche.

—Parece que alguien se dio cuenta de que había hablado con usted.

—Sí, así que he fingido que creía que, efectivamente, la muerte de Gregg había sido un accidente y les he dicho a los agentes locales que no investiguen. Supongo que los Patterson se creerán que nadie los está vigilando actualmente.

—¿Y qué quiere que haga yo en todo esto? —preguntó Jude con el ceño fruncido.

—Necesitamos a una persona de confianza y acostumbrada a realizar operaciones de incógnito porque, en realidad, nosotros queremos seguir con la investigación. John, Hal y Ruth son agentes de Virginia y serán tu equipo. Nadie de San Antonio los conoce, así que son perfectos para averiguar quién mató a Gregg. Lo que queremos es que alguien se pueda acercar a la familia Patterson sin levantar sospechas. Cuando leí tu expediente, le pedí a Jackie que te vinieras a trabajar con nosotros unos meses.

—Hace ya algún tiempo que no participo en ninguna misión de incógnito —le advirtió Jude.

—Sí, pero, por lo que he leído, eras muy bueno, así que no creo que se te haya olvidado.

—Si he entendido bien, quiere que vaya a San Antonio por mi cuenta, me integre en la familia Patterson y encuentre pruebas de actividades ilegales.

—Así es.

—¿Y ha pensado cómo puedo hacer para acercarme a ellos?

—Sí. Uno de los miembros de la familia es una chica de veinticinco años que está soltera. La idea es que salgas con ella. De ser así, no creo que los demás sospechen nada cuando te vean constantemente.

—¿Y si ella no quiere salir conmigo?

—Viendo lo guapo y encantador que eres, seguro que no tienes

problema para convencerla.

Una vez que consigas la primera cita, haz todo lo posible para verla a menudo.

Jude miró a los otros tres agentes y se dio cuenta de que Ruth parecía divertida.

—He trabajado como agente de incógnito muchas veces, pero no soy un hombre al que se le den especialmente bien las mujeres —se excusó Jude.

—Pues ya puedes ir aprendiendo porque ésa va a ser precisamente tu nueva imagen. Hemos alquilado una gran casa para los cuatro en una urbanización cerrada con seguridad privada.

—¿Quiere que me haga pasar por un ligón?

—Efectivamente. Tienes que hacer ver que eres un playboy con mucho tiempo libre. Ah, y debes fingir también que te interesa el arte.

—¿El arte?

—Sí, la chica es pianista. Se llama Carina. Estaba en tercero de carrera en Juilliard cuando su padre se puso enfermo y volvió a San Antonio. Ahora vive allí y tiene idea de acabar sus estudios el año que viene. Debes dar a entender que te interesa la música y que donas dinero a causas benéficas. Eso te ayudará a acercarte a ella, lo que es fundamental si queremos encerrar a esos tipos.

—¿Ella también está metida en el contrabando?

—No lo sabemos. Podría ser. Una parte de tu trabajo será averiguarlo.

Jude asintió.

—Está bien. Si usted cree que puedo ayudar en algo, lo haré.

—Estupendo —contestó Sam poniéndose en pie.

Todos los demás hicieron lo mismo. Sam abrió el maletín que había dejado sobre la mesa y entregó a Jude varios documentos.

—Aquí tienes un dossier sobre cada miembro de la familia.

—¿Cuándo quiere que empiece? —preguntó Jude guardándose los papeles.

—Ayer —contestó Sam sonriendo con ironía.

—Entendido —asintió Jude.

Capítulo 2

Seis meses después

Jude la vio en cuanto Carina Patterson entró en la fiesta.

Se trataba de una mujer menuda, que había elegido para aquella velada que iba a amenizar la orquesta sinfónica de San Antonio un vestido rojo sin mangas de corte oriental, que enfatizaba su piel blanca y su pelo negro.

Era más guapa en persona que en las numerosas fotografías que Jude tenía de ella y se quedó mirándola mientras Carina hablaba con varios invitados, dándose cuenta de que su belleza natural se veía acrecentada por su encanto y su maravillosa sonrisa.

Mientras la observaba, Jude se dio cuenta de que Carina caminaba con una gracia personal muy especial. Era como si aquella mujer anduviera al ritmo de una música que sólo ella escuchaba.

Jude estaba junto a la barra, conversando con varios empresarios de San Antonio.

—Jude, muchas gracias por lo que has hecho por la orquesta —le agradeció Graham Scott, el alcalde de San Antonio—. Llevaban mucho tiempo sin fondos.

—De nada. ¿Para que está el dinero cuando uno lo tiene? —contestó Jude haciendo reír a los presentes.

Desde que había llegado, se había esmerado en construir la imagen de un playboy rico e indolente, había acudido a todas las exposiciones de pintura, a todos los museos y a todos los conciertos.

También se había preocupado por que lo vieran cada vez con una mujer diferente y siempre guapas, por supuesto. Así, había conseguido salir constantemente en las páginas de sociedad de la prensa local.

Todos aquellos empresarios desaprobaban su estilo de vida, pero eran unos cínicos que no querían tener ningún problema con la famosa familia Crenshaw así que fingían que lo aceptaban en su círculo.

Incluso lo invitaban a jugar al golf.

Había llegado el momento de dar un paso más.

Jude siguió mirando a Carina mientras ella se acercaba a su

mesa, donde la estaban esperando sus padres, y esperó a que se produjera una pausa en la conversación.

—¿Quién es esa chica de pelo oscuro que lleva el vestido rojo? —preguntó señalando a Carina.

—Es Carina Patterson, la hija de Christopher Patterson —contestó Clint Jackson, un concejal del Ayuntamiento—. Chris y Connie, su mujer, no suelen salir mucho. Me alegro de que hayan venido.

Jude se quedó pensativo unos instantes.

—Su nombre no me dice nada. ¿Quién es?

—Chris tiene un negocio internacional de importación y exportación. Compra y vende muebles, alfombras, figuras de mármol y todo tipo de antigüedades —le explicó otro de los contertulios—. Hace dos años, le dio un derrame cerebral, dejó de trabajar, y les dejó el negocio a sus hijos Alfred y Ben.

—La chica se parece mucho a su madre. Las dos son bellezas muy exóticas —comentó Jude.

—Connie Patterson proviene de una familia mexicana de mucho dinero —le explicó Clint—.

Por lo visto, Chris se enamoró de ella a primera vista.

—No me extraña —sonrió Jude—. Su hija es realmente guapa. ¿Sabéis si tiene novio?

—No, me parece que no —contestó el concejal—. En cualquier caso, por si se te ha pasado por la cabeza acercarte a ella, te advierto que sus hermanos, que son bastante mayores que ella, la protegen mucho. No creo que les hiciera ninguna gracia ver sufrir a su hermana.

—¿No crees que esté a su altura? —bromeó Jude.

—Yo no he dicho eso —contestó Clint chasqueando la lengua—. Eres un Crenshaw, pero tienes fama de mujeriego.. Lo cierto es que eres un soltero de oro y a las mujeres les encanta salir contigo —añadió—. Mi mujer no para de decirme que pareces un actor y que eress un encanto. Yo, como no eres mi tipo, me tengo que fiar de ella.

Aquello hizo reír a Jude.

—Lo único que te digo es que, si sus hermanos creen que le estás tomando el pelo, te lo van a hacer pasar muy mal.

—Gracias por la advertencia. ¿Te importaría presentármela?

—Claro —contestó el concejal avanzando hacia la mesa de los Patterson—. Veo que no te asustas fácilmente.

—Claro que no —contestó Jude.

En el trayecto, tuvieron que parar varias veces porque mucha gente quería darle las gracias a Jude por haber organizado aquella velada. Cuando, por fin, llegaron a la mesa de los Patterson, Jude se percató de que los hermanos de Carina y sus mujeres habían llegado.

—Buenas noches, Chris —saludó Clint al patriarca—. Me alegro mucho de verte —añadió estrechándole la mano.

—No me habría perdido esto por nada del mundo —contestó Patterson tendiéndole la mano izquierda.

—Te quiero presentar a Jude Crenshaw, que ha sufragado los gastos de esta velada —añadió Clint—. Jude, te presento a Christopher Patterson, a su encantadora mujer, Connie, a su guapísima hija Carina, a su hijo Alfred, a su nuera Marisa, a su otro hijo, Ben y a su otra nuera, Sara.

Aquél era un golpe de suerte con el que Jude no había contado. Conocer a toda la familia a la vez bien merecía los esfuerzos que había tenido que hacer para organizar aquella velada.

—Es un placer conocerlos —les dijo estrechando la mano de todos.

—Gracias por organizar esta cena —le dijo Carina.

—De nada, señorita Patterson —contestó Jude guiñándole un ojo.

Carina lo miró sorprendida al principio, pero sonrió.

Con el rabillo del ojo, Jude se dio cuenta de que su hermano Al los estaba mirando y, fingiendo que no se había percatado, se giró y volvió a la barra con Clint. Una vez allí, pidieron otra copa y se dirigieron a su mesa.

La cena resultó ser de primerísima calidad y los discursos no fueron demasiado largos, algo que Jude agradeció sobremanera.

Cuando acabó de cenar, se excusó de su mesa y se dirigió hacia la de los Patterson, en la que sólo estaban los padres de Carina.

—Buenas noches de nuevo —los saludó—. Señora Patterson, ¿le gustaría bailar conmigo?

La madre de Carina se sonrojó levemente y asintió.

—No le importa, ¿verdad? —añadió Jude mirando a su marido.

—Claro que no, hijo —contestó Chris Patterson—. Una sola cosa. No olvides que yo la vi primero —bromeó.

Jude asintió y le tendió la mano a la madre de Carina, que la aceptó y lo acompañó a la pista de baile.

—Gracias a usted, señor Crenshaw, la velada de hoy ha sido todo un éxito. Todos le estamos muy agradecidos —le dijo.

Jude sonrió encantado.

—Por favor, llámeme Jude.

—Lo haré si tú me llamas Connie.

—Muy bien, trato hecho —contestó Jude—. Bailas muy bien, Connie.

—A Christopher y a mí siempre nos ha gustado mucho bailar —le explicó la madre de Carina con tristeza—. Sin embargo, desde que tuvo el derrame cerebral no puede bailar mucho y lo echa mucho de menos. Yo también, así que te agradezco mucho que me hayas sacado.

—Todo un placer —contestó Jude.

En aquel momento, terminó la pieza que estaban bailando y la orquesta comenzó a tocar otra balada.

—¿Y tú crees que le importaría que bailásemos una más o se va a encontrar muy solo?

—No está solo. Está con Carina —sonrió Connie.

Jude miró hacia la mesa y comprobó que, efectivamente, su hija había vuelto. Cuando terminaron de bailar, Connie y Jude se reunieron con ellos.

—Qué gusto me da verte bailar, cariño —le dijo Chris a su esposa—. Quiero que aproveches y que no te preocupes por mí.

—Estoy un poco cansada —contestó Connie sentándose a su lado —. Gracias, Jude.

—De nada —contestó Jude girándose hacia Carina—. Señorita Patterson, ¿me concede este baile?

—Sí —contestó Carina aceptando la mano que Jude le tendía.

Una vez la pista de baile, Jude la tomó entre sus brazos y comprobó que era más menuda que su madre ya que apenas le llegaba por el hombro. Aquella chica tenía una estructura ósea de lo más delicada, lo que le recordaba a una figura frágil y exquisita.

—Muchas gracias por sacar a mi madre a bailar.

—Sí, me acaba de comentar que solía bailar mucho con tu

padre.

—Sí, la verdad es que daba gusto verlos. Los dos lo echan mucho de menos.

—¿Hace cuánto que tuvo el derrame cerebral?

—Hace dos años. Siempre ha sido un hombre muy activo y sano y a todos nos tomó por sorpresa. Estuvo a punto de morir, pero, al final, consiguió sobrevivir. Tiene mucha fuerza de voluntad y hace todo lo que puede para mantenerse en forma.

—Tengo entendido que tiene un negocio de importación y exportación que va muy bien —

comentó Jude en tono casual.

—Sí, pero ahora lo llevan mis hermanos. Desde que lo dirigen ellos, lo cierto es que ha crecido mucho. Por supuesto, lo mantienen informado de todo.

—Menos mal que los tiene a ellos.

—Sí, ha sido una gran ayuda.

—¿Y tú? ¿Tú sales mucho?

—No, no mucho —sonrió Carina.

—¿Y estarías dispuesta a hacer una excepción conmigo?

Carina lo miró sorprendida.

—¿Me estás pidiendo que salga contigo?

—Sí. Supongo que, como les ha pasado al resto de los presentes, me he fijado en ti en cuanto has llegado. Admito que he obligado a Clint a que me presentara a ti y a tu familia. Lo cierto es que me gustaría mucho volver a verte.

Cuando terminó la canción que estaban tocando y empezó otra, Jude siguió bailando y Carina no hizo ningún amago ni ningún comentario para volver a su mesa.

—¿Qué tenías pensado? —le preguntó por fin.

Aquello hizo reír a Jude.

—Te aseguro que mis intenciones son bastante inocentes. Había pensado en salir a cenar. Por ejemplo, si puedes, el sábado.

—Sí, parece un plan inocente —contestó Carina.

—Te doy mi palabra de boy scout de que conmigo estás a salvo —le aseguró Jude dándole un par de vueltas en el aire.

—Bailas muy bien —comentó Carina.

—Gracias —contestó Jude—. A mi madre le hubiera encantado que le dijeras eso. No era uno de sus mejores alumnos, pero hacía lo

que podía.

—¿Eres músico? Lo digo porque tienes un ritmo natural que es propio de los músicos.

—Me temo que no. El único instrumento que toco es la radio.

—Y, aun así, eres un mecenas de las artes.

—Bueno, no soy cura y también doy dinero a la iglesia.

—Eso ha estado bien —rió Carina.

—¿Qué te parece si me das tu número de teléfono y hablamos esta semana? —le preguntó Jude cuando terminó la música.

—Mira, te doy mi tarjeta de visita —contestó Carina sacándose una tarjeta de un minúsculo bolsillo—. Ahí tienes mi número. Los sábados suelo pasarlos en casa de mis padres, así que tendrías que pasar a buscarme por allí.

—Sin problema —contestó Jude acompañándola a su mesa—. Quiero que sepas que me apetece mucho volver a verte —le dijo al oído mientras Carina se sentaba—. Me alegro mucho de haberlos conocido —se despidió de sus padres.

Los señores Patterson se despidieron de él amablemente y Jude volvió a su mesa. Cuando terminó la velada, estaba cansado y se quería ir a casa, así que, tras despedirse de varias personas, se montó en su coche deportivo y enfiló la autopista en dirección norte.

La agencia había alquilado una casa en las colinas que había junto a la ciudad y desde allí había una vista magnífica.

Estaba Texas, a no más de dos horas del rancho de su familia, a la que no veía muy a menudo.

Sabían que estaba trabajando en una misión de incógnito y no insistían para que fuera porque siempre habían sido muy respetuosos con su trabajo, pero él los echaba de menos.

Cuando llegó frente al muro de piedra que rodeaba la casa, marcó el código de seguridad desde el coche y entró. Una vez en el garaje, comprobó que los vehículos de sus compañeros ya estaban allí y supuso que estarían durmiendo, lo que él quería hacer en cuanto hubiera hablado con su jefe.

Una vez dentro de casa, se dirigió al salón, donde había una gran pantalla en la que volcaban las imágenes las diversas cámaras de seguridad que había repartidas por la propiedad. También había varios ordenadores encendidos. Uno recolectando datos, otro

calculando probabilidades y otro esperando instrucciones.

Una vez allí, Jude marcó un número de teléfono y el interlocutor contestó al primer timbre.

Sin esperar a oír su voz, Jude habló.

—Contacto establecido. Estamos dentro.

Capítulo 3

Jude abrió el expediente que contenía la información sobre la familia Patterson. Los informes eran tan detallados que, probablemente, sabía él más sobre los miembros que ellos mismos.

Sabía que Alfred de la Cruz Patterson, de cuarenta y dos años, tenía una amante en Houston a la que mantenía en un ático de lujo.

También sabía que Benito pasaba mucho tiempo fuera del país, comprando y vendiendo mercancía. Jude decidió que quería averiguar qué vendía y compraba exactamente.

Ojalá los hermanos fueran los únicos miembros de la familia involucrados en las actividades ilegales porque sería una vergüenza tener que arrestar a Christopher Patterson.

Jude se puso en pie y se estiró, apagó la luz y subió a la cama satisfecho por lo que había logrado de momento. Por fin, había establecido contacto con la familia y Carina había aceptado su invitación para salir juntos.

El jueves por la mañana, Carina se reunió con su cuñada Marisa para tomar café en uno de sus locales favoritos.

—No te puedes ni imaginar lo bien que me ha venido que me llamaras para quedar —le dijo Marisa—. Necesito hablar con alguien de confianza.

—¿Tienes problemas con Al? —le preguntó Carina tomándose el café.

—Últimamente, lo único que tengo con tu hermano son problemas. Estoy pensando en divorciarme de él.

—¿Tan mal están las cosas? —le preguntó Carina poniendo la mano sobre la de su cuñada.

—Lleva meses ignorándome, pero eso yo, más o menos, lo puedo superar. Lo que no puedo es con que se lo haga también a los niños. Me rompe el corazón ver cómo reclaman su atención y cómo tu hermano se los quita de encima.

Carina pensó en sus sobrinos y se le encogió el alma.

—Creo que hay otra mujer —murmuró Marisa.

—¿Por qué lo crees así?

—Últimamente, no para de hacer lo que, según él, son viajes de negocios. De eso se encarga Benito, ¿no? Según me ha contado Sara,

él es quien se ocupa de comprar las mercancías para la empresa. Me estoy planteando seriamente contratar a un detective privado.

—Ten cuidado porque Alfred tiene mucho carácter —le advirtió Carina—. No quiero que te haga daño.

—Anoche le dije que me quería divorciar, se rió de mí y me preguntó que si lo que quería era que me diera más dinero para los gastos de la casa. No me toma en serio.

—¿Y qué harás si, de verdad, hay otra mujer?

Marisa suspiró.

—Aceptar que mi matrimonio ha terminado y que los niños y yo nos tenemos que ir. Mi madre me ha dicho varias veces que nos vayamos con ella a pasar una temporada a Dallas y me lo estoy planteando seriamente.

—Yo lo único que quiero es veros felices a los niños y a ti. Siento mucho haberte presentado a mi hermano.

Marisa sonrió.

—Bueno, tú no me obligaste a casarme con él, esa decisión la tomé yo solita —la tranquilizó tomándose una tostada—. Siento mucho echarte toda mi basura encima porque, aunque eres mi amiga, también eres su hermana. No quiero que te veas comprometida en medio de los dos.

—No digas tonterías. Tú y yo somos amigas desde el colegio y eso no va a cambiar por nada del mundo. Ni siquiera si te divorcias de mi hermano.

—No les digas nada a tus padres hasta que haya tomado una decisión. Creo que lo mejor será que me ausente un tiempo de la ciudad para pensar con claridad.

—Tú haz lo que necesites hacer, Marisa. Si necesitas algo, recuerda que puedes contar conmigo —contestó Carina—. Desde luego, a ninguna de las dos nos ha ido bien con los hombres...

—A ti Dan te quería.

—Sí, claro, por eso estaba con otra mujer la noche en la que se mató. Qué ingenua fui por creer que se había enamorado de mí y no de mi apellido. Al jamás lo habría contratado si no hubiera estado prometido conmigo y todos lo sabemos.

—Sí, supongo que tienes razón. Todos los hombres son unos babosos y estamos mejor sin ellos —contestó Marisa muy seria.

Carina se rió, haciendo reír a su amiga.

—¿Sabes que he quedado para salir el sábado por la noche con Jude Crenshaw?

Marisa se quedó mirándola con los ojos muy abiertos.

—¿De verdad?

—Sí, me lo pidió el otro día en el baile benéfico.

—Lo que me sorprende realmente es que hayas aceptado. Desde luego, has elegido bien. Jude Crenshaw! ¡Uno de los solteros de oro de la ciudad! No sé cuántos corazones habrá roto desde que se ha venido a vivir aquí.

—A mí eso me da igual porque el mío no me lo va a romper. Creo que ya va siendo hora de que vuelva a tener vida social. Desde que murió Danny, me he encerrado en casa a apiadarme de mí misma y ha llegado el momento de salir y de dejarle claro a todo el mundo que quiero volver a tener novio. Supongo que salir con Jude Crenshaw es dejarlo más que claro.

—Conozco a un par de mujeres que han salido con él y a las dos les ha pasado lo mismo. Las dos han quedado con él varias veces y se lo han pasado fenomenal con él. Las dos dicen que es un hombre muy divertido con el que están muy a gusto y, de repente, él deja de llamarlas sin razón aparente y se acabó. Nunca da explicaciones de por qué deja de llamar a una mujer. Por lo visto, le gusta jugar.

—Entonces, es perfecto para mí porque yo también quiero jugar. Admito que me siento halagada porque se haya fijado en mí. Para empezar, porque yo no soy su tipo. Aparentemente, le gustan las altas y rubias. Yo no he salido con muchos hombres y mi única relación seria fue con Danny, así que no tengo mucha experiencia.

—Por no hablar de tu vida sexual.

—Sí, por no hablar de mi falta de vida sexual, más bien —sonrió Carina—. Lo que me lleva a pensar que, si el señor Crenshaw insiste mucho en seducirme, tal vez yo no oponga demasiada resistencia.

—Ahora que lo dices, a lo mejor yo también me planteo buscarme a alguien porque mi vida sexual es inexistente con tu hermano.

Dicho aquello, las amigas se miraron y estallaron en carcajadas.

Mientras se vestía el sábado por la tarde para salir con Jude, Carina no pudo evitar preguntarse cómo iría la cita.

¿Acaso la encontraría aburrida?

Carina se sentó en la cama, cerró los ojos y visualizó a aquel

hombre alto, guapo, rubio y de ojos azules.

Era bastante más alto que ella y delicado, a juzgar por cómo la había envuelto en sus brazos.

Si alguna vez llegaba a conocerla mejor, pronto descubriría que no era frágil en absoluto porque se mantenía en forma practicando tai chi y yoga.

Sí, aquel hombre era muy guapo. Y, además, rico. Y un mujeriego. En cualquier caso, no le importaba porque lo que le había dicho a Marisa era cierto, no tenía ningún interés en una relación duradera, sólo quería pasarlo bien.

Carina consultó el reloj pues no quería hacer esperar a Jude porque, por lo que le habían dicho, tenía una larga lista de mujeres esperándolo.

Aquello la hizo sonreír.

Jude paró el coche frente a la verja de hierro que daba acceso a la propiedad de los Patterson, situada en el distrito de Alamo Heights de San Antonio.

Era aquélla una zona residencial en la que muchas de las mansiones habían pasado de padres a hijos durante generaciones.

—Identifíquese, por favor —le pidió una voz masculina al llamar.

—Soy Jude Crenshaw, vengo a ver a Carina Patterson.

Tras una breve pausa, la gran verja de hierro se abrió y Jude pudo continuar su trayecto hasta la puerta principal de la casa.

La propiedad de los Patterson era una mansión enorme que tenía otros dos pequeñas casas, Jude supuso que de invitados, y un jardín tan grande que parecía un campo de golf.

Jude se bajó del coche y subió las escaleras que conducían a la puerta. Antes de llegar, ésta se abrió y apareció un hombre que más parecía un guardaespaldas que un mayordomo.

—Buenas tardes, señor Crenshaw —lo saludó—. Carina está en la sala de música. Para llegar allí, siga por el pasillo que hay pasadas las escaleras y es la primera puerta de la derecha.

Jude así lo hizo y, al llegar, se encontró a Carina tocando el piano de espaldas a él, lo que le dio la oportunidad de quedarse escuchando.

Dado que Carina Patterson era una apasionada de la música clásica, Jude llevaba varios meses yendo a conciertos y recitales y

empapándose de aquella música aunque él prefería el country.

Una de las paredes de la estancia tenía ventanas desde el suelo hasta el techo y, más allá, se veía una magnífica pradera verde, lo que confería un entorno maravilloso para el piano y la persona que lo estaba tocando.

Jude esperó a que Carina terminara de interpretar la pieza que había elegido para aplaudir.

Carina se giró sorprendida y se levantó.

—Perdón —se disculpó—. Helmuth no me ha dicho que habías llegado y, cuando me pongo a tocar el piano, pierdo la noción del tiempo —añadió yendo hacia él.

—Entonces, le tengo que agradecer a Helmuth el descuido porque eso me ha permitido escucharte tocar. Te aseguro que he disfrutado mucho. ¿Nos vamos?

Cuando estaban llegando a la puerta, apareció el mayordomo y Carina aprovechó para presentárselo a Jude.

—Vaya, menudo coche más bonito tienes —comentó al ver el Porsche—. ¿Hace mucho que lo tienes? —añadió al montarse.

—Un par de años —contestó Jude cerrándole la puerta y yendo hacia su lado.

—Pues está nuevecito, como si te lo acabaran de dar. Supongo que lo cuidas mucho.

—Es uno de mis muchos vicios —sonrió Jude—. He reservado en un restaurante maravilloso que estará a una media hora de aquí. Espero que te parezca bien.

—Me parece fenomenal —contestó Carina acariciando la tapicería de cuero—. Podría pasarme semanas dentro de este coche.

—Está bien saberlo por si algún día decido secuestrarte —contestó Jude—. Así no opondrías resistencia, ¿no?

—Bueno, eso dependería del motivo del secuestro.

—Por supuesto, te secuestraría con fines inicuos.

—En ese caso, probablemente no me importaría —sonrió Carina.

Dicho aquello, se echó hacia atrás en el asiento y se relajó, lo que Jude agradeció porque las primeras citas siempre le habían parecido difíciles.

Realizaron el trayecto en silencio durante un rato.

—Háblame de ti, Jude —le pidió Carina al salir a la autopista—. Lo único que sé de ti es que eres un Crenshaw.

Era una pregunta razonable y Jude decidió ser todo lo fiel a la verdad que pudiera sin contarle, por supuesto, que su imagen de playboy no era cierta.

—No te creas que hay mucho que contar. Tengo treinta años, me gusta el contacto con la naturaleza y no podría trabajar en un despacho porque me aburriría —contestó sinceramente.

—Dónde has nacido? ¿A qué colegio fuiste? Háblame de tu familia. ¿Por qué me has invitado a salir a cenar?

Jude se rió.

—La última es fácil. Te he invitado a salir porque me siento atraído por ti y quiero conocerte mejor —contestó—. Me siento como si me estuvieras haciendo una entrevista para el periódico de mañana. ¿Es así? —bromeó.

—No, claro— que no —rió Carina—. No creo que sea para el de mañana porque no me da tiempo a mandarlo a la imprenta. Seguramente, se publicará la semana que viene.

—Ah, bueno, ya me quedo más tranquilo —sonrió Jude tomando la desviación que les llevaba a través del campo hacia el restaurante —. Nací en un pueblecito del que probablemente no hayas oído hablar llamado New Eden. Está a unos ciento cincuenta kilómetros al noroeste de aquí. Mi familia lleva viviendo allí desde 1840.

—¿Tienes hermanos?

—Sí, somos cuatro.

—Háblame de ellos.

—Jake tiene casi treinta y cuatro años, se ocupa del rancho, se casó en otoño con Ashley, la hija del antiguo capataz, y van a tener un hijo en breve. Tiene una niña, que se llama Heather, de su primer matrimonio. Luego va Jared, que es ingeniero petroquímico y tiene treinta y dos años. Se casó unas semanas después que Jake. Estaba trabajando en Arabia Saudita, pero lo ha dejado. Yo soy el tercero y después de mi va Jason, que está en la Delta Force.

—¿Todos tenéis nombres que empiezan por jota?

—Sí, y espera porque todavía no has oído lo mejor. Mi padre, que se llama Joe, tiene tres hermanos que se llaman Jeffrey, que tiene dos hijos que se llaman Jordan y Jackson, luego va mi tío Josh, que es padre de Jeremy, Justin y James y, para terminar, está Jerome, que tiene a Jed, Jesse y Johny.

—¡No me lo puedo creer! —rió Carina.

Jude también se rió.

—¿Qué más te puedo contar? Nací y estudié en New Eden y, en cuanto terminé el colegio, me metí en el ejército. Sobre todo, porque mi padre insistía en que necesitaba un poco de disciplina.

Cuando terminé en el ejército, salí corriendo jurando que jamás volvería —mintió Jude.

Lo cierto era que había disfrutado de su paso por el ejército y había aprendido mucho. El ejército le había pagado su educación universitaria y había pasado a ser oficial cuando terminó la universidad. Si no hubiera sido porque la Agencia de Seguridad Nacional le había ofrecido trabajar para ellos, probablemente, seguiría en el ejército.

—¿Demasiada disciplina? —preguntó Carina.

—Sí, más o menos —contestó Jude—. Bueno, ya te sabes toda mi vida.

—¿Por qué te has venido a vivir a San Antonio?

—Por ninguna razón en particular. Mi tío Josh me pidió que me hiciera cargo de unas propiedades familiares de por aquí y, como no tenía mucho más que hacer, me pareció bien venirme aquí a conocer gente nueva. Y, hablando de gente nueva, háblame de ti.

—Nací en San Antonio, fui al colegio aquí, me fui a la universidad a Nueva York y me volví a casa cuando a mi padre le dio el derrame cerebral —contestó Carina—. Ésa ha sido a grandes rasgos mi vida hasta ahora.

—No has mencionado la música.

—Ah, la música. Sí, la música forma parte de mí, es exactamente igual que tener los ojos verdes y ser morena, la llevo tan dentro...

—Je gustaría dedicarte a la música de manera profesional?

—Eso espero. Me falta sólo un año más para graduarme. Me he matriculado para volver este otoño.

—Me alegro de haberte conocido antes de que te vayas.

Jude esperó por si Carina le hablaba de su prometido, Danny Bowie, que se había matado en un accidente de coche hacía poco más de un año. Según la policía, Danny iba a bastante velocidad cuando otro vehículo lo había golpeado en un lateral y le había hecho perder el control.

Hasta el momento, los agentes no habían encontrado al otro conductor y, aunque el caso seguía abierto, no había nuevos

indicios.

—¿Tienes hermanos? —le preguntó al ver que Carina no hablaba de Danny.

—Sí, dos, los que conociste el otro día. Alfred tiene dieciséis años más que yo y Benito, catorce. Hay tanta diferencia de edad entre nosotros que, para cuando yo era adolescente, ellos ya se habían ido de casa. Al se ha erigido en mi protector, lo que me irrita bastante, la verdad. En realidad, protege a toda la familia. Mi padre le está muy agradecido por haberse hecho cargo de la empresa.

—¿Tu hermano Ben también trabaja en la empresa familiar?

—Sí, él es quien se encarga de viajar para comprar. Su esposa, Sara, se está siempre quejando de que nunca está en casa, pero alguien tiene que hacerlo y Al ya tiene bastante con ocuparse de lo de aquí. Yo siempre le digo que se vaya con él, pero, de momento, no lo acompaña en los viajes.

—¿Tienes sobrinos?

—Sí, tengo dos sobrinas y un sobrino.

—¿Y quieres tener hijos?

Carina no contestó inmediatamente.

—Me encantan los niños y me gustaría formar una familia, pero primero quiero terminar mis estudios y ver lo que hago con mi vida.

—Eso quiere decir que estás soltera y sin compromiso, como yo.

—No creo que tengamos mucho en común tú y yo.

—¿Por qué dices eso?

—Por lo que me han contado de ti, tienes una vidaa social muy ajetreada. Sales constantemente en la prensa y cada vez con una mujer diferente mientras que yo apenas salgo con hombres.

—Entonces, me siento afortunado porque hayas hecho una excepción conmigo. En cuanto a la cantidad de mujeres con las que he salido, tal vez, sea porque no he encontrado una con la que quiera pasar más tiempo.

—Espero que se te dé bien la búsqueda —sonrió Carina.

Jude se quedó sin palabras. ¿Se habría pasado con su comentario? Tenía que tener cuidado porque el objetivo de todo aquello era que Carina Patterson se sintiera atraída por él.

—Ya hemos llegado —anunció dejando el coche en una explanada.

—Este lugar es precioso —comentó Carina—. ¡Qué vista tan estupenda! Pero no se ve ningún restaurante por ninguna parte.

Jude la tomó de la mano y la guió.

—Lo conoce muy poca gente y reservar no es nada fácil. Me alegro de que te guste.

—Gracias por traerme.

Jude sonrió encantado. Carina no había hecho ningún amago de retirar la mano, así que él no se la soltó.

—Buenas noches, señor Crenshaw —lo saludó el maitre al llegar —. Síganme, por favor —

añadió guiándolos hasta un porche que daba a un increíble cañón.

Estaba atardeciendo y las nubes que cubrían el cielo estaban teñidas de tonos rosados y dorados.

Carina se sentía incapaz de apartar los ojos de aquella vista tan maravillosa.

—Oh, Jude —comentó por fin—. Ver atardecer es una de las cosas que más me gusta del mundo —comentó emocionada.

Jude la miró y se dijo que era una mujer verdaderamente guapa. Desde luego, había misiones mucho más desagradables que salir con mujeres como ella.

En aquel momento, se acercó un camarero que les hizo algunas recomendaciones y apuntó lo que querían beber.

—¿Cómo se llama este restaurante? —quiso saber Carina.

—En la guía telefónica aparece como La joya de la corona, pero no dice que sea un restaurante, así que, si no lo sabes, no te fijas — contestó Jude.

Cuando el sol se puso por completo, los camareros encendieron velas por todo el porche y las mesas.

A partir de ese momento, a Jude se le pasó el tiempo volando. Resultó que Carina tenía un maravilloso sentido del humor y una sonrisa preciosa y Jude descubrió que aquella mujer le gustaba de verdad pues era divertida y nada pretenciosa.

En resumen, le agradaba su compañía.

De vuelta a San Antonio, no hablaron demasiado. Jude puso un CD en el equipo de música y Carina le dijo cómo llegar a su casa. Una vez allí, Jude la acompañó hasta su apartamento.

—Ha sido una noche mágica —dijo Carina—. Gracias por

invitarme a salir.

—Me alegro mucho de que te lo hayas pasado bien porque me gustaría volver a verte.

Carina sonrió.

—¿Cuándo?

—Mañana y pasado mañana y al otro también —sonrió Jude.

—No sé… si me ves a mí todo el rato no vas a poder buscar a tu compañera perfecta.

—De verdad que no soy tan mala persona —le aseguró Jude haciendo una mueca—. Te agradecería que me dieras la oportunidad de demostrártelo.

De manera imperceptible, se habían acercado mucho el uno al otro y, como la cosa más natural del mundo, Jude bajó la cabeza al tiempo que Carina subía la suya.

El beso duró una eternidad y, cuando Jude fue capaz de dar un paso atrás, se encontró con la respiración entrecortada.

—Lo siento… —se disculpó.

Pero Carina le puso un dedo sobre la boca.

—Pues yo, no —contestó—. Ha sido el final perfecto para una velada maravillosa —sonrió.

—Creo que será mejor que te metas en casa —opinó Jude con voz ronca.

—Sí, creo que será lo mejor —contestó Carina con una sonrisa picarona.

—¿Te parece bien que te llame mañana? —le preguntó Jude acariciándole la mejilla.

Carina tomó aire y pareció dudar.

—Me parece bien —contestó por fin—. Hablamos mañana —añadió cerrando la puerta.

Capítulo 4

Cuando Jude llegó a casa, encontró a John, a Hal y a Ruth esperándolo en el salón para informarle de que habían averiguado que dos agentes locales llamados Ross Davies y Patrick Sullivan habían hecho mucho dinero últimamente y de que les habían visto reunirse con Al Patterson.

—A ver si te puedes meter en casa de la familia a través de Carina y averiguas algo —sugirió Hal—. ¿Qué tal lo llevas?

—Estoy en ello, estoy en ello —contestó Jude.

—Desde luego, te ha tocado la parte más dura de la misión, ¿eh? —bromeó John.

—Desde luego —sonrió Jude.

—Si no te gusta y quieres cambiar, por mí no hay problema —se ofreció Hal—. Yo me ocupo de salir con Carina Patterson encantado.

Jude hizo un ademán obsceno con su dedo corazón, haciendo reír a sus tres compañeros y dejando clara su postura al respecto.

Lo cierto era que salir con Carina Patterson le gustaba aunque, por otra parte, estaba nervioso ante la idea de volver a verla, algo que no admitiría ni bajo tortura.

¿Y si Carina se lo pensaba mejor y no quería volver a salir con él?Jude se jugaba mucho y tenía que hacerlo bien, tenía que conseguir gustarle.

Jude pensó en sus hermanos y se los imaginó desternillándose de risa si supieran que estaba dudando de sus encantos con las féminas.

¡Él que siempre había dicho que era capaz de ligar tanto como ellos! Y, por supuesto, así era.

Todo lo que habían hecho sus hermanos mayores lo había hecho él también.

Excepto casarse, por supuesto.

Al día siguiente, Jude esperó hasta la tarde para llamar al teléfono móvil de Carina. En cuanto contestó, se dio cuenta de que no estaba sola ni en casa porque se oía mucho ruido, como si estuviera en una fiesta.

Maldición.

—Carina, soy Jude. ¿Te pillo en un mal momento?

—Vaya, hola. No creía que me fueras a llamar de verdad.

—Si estás ocupada, te llamo en otro momento.

—No, no estoy ocupada. Es que es una tradición familiar reunirnos todos a comer los domingos y estoy aquí en casa de mis padres con mis hermanos, mis cuñadas y mis sobrinos —le explicó Carina.

—Te llamaba porque tenía intención de acercarme esta tarde por el Parque Nacional de Lost Maples y cenar algo por ahí y era para ver si te apetecía venir.

—Sí, me apetece. Hace mucho tiempo que no voy por esa zona —contestó Carina.

—¿A qué hora te recojo?

—Qué te parece en media hora?

—Muy bien, allí estaré —contestó Jude colgando el teléfono antes de que Carina cambiara de opinión.

Cuando llegó a casa de los padres de Carina, la encontró esperándolo en la puerta, lo que no le permitió ver al resto de la familia.

En cuanto lo vio aparecer, Carina abrió la puerta del copiloto y se metió en el coche. Bueno, por lo menos, parecía contenta de verlo, lo que era todo un progreso.

—Hola —la saludó Jude besándola en la mejilla.

Carina sonrió.

—Si te parece que estoy ansiosa por irme es por que así es, estoy ansiosa por irme.

—No me había dado cuenta —bromeó Jude haciéndola reír.

—Adoro a mi familia, pero, a veces, cuando todos hablamos a la vez y los niños no paran de gritar, no lo puedo soportar.

—Me alegro de ser el caballero que viene a rescatarte en su corcel blanco.

Carina sonrió.

—A veces, mis hermanos son insoportables, ¿sabes? —comentó echando la cabeza hacia atrás

—. Son demasiado protectores conmigo.

—¿No les hace gracia que salgas conmigo?

—No han dicho eso, pero Al quería saber exactamente dónde íbamos y a qué hora iba a volver. Como si tuviera dieciséis años.

—Espero que les hayas dejado claro que soy completamente inofensivo.

Aquello hizo reír a Carina.

—Cualquier persona que te conozca sabe que no eres inofensivo. Lo que pasa es que yo creo que sienten curiosidad porque, como llevó tanto tiempo sin salir con hombres... ¡Supongo que mis hermanos hubieran preferido que me metiera a monja!

—En ese caso, me siento doblemente honrado porque hayas accedido salir conmigo.

—Anoche me lo pasé muy bien y, además, supongo que yo también siento curiosidad.

—Entonces, ¿no es por mi irresistible encanto y mi personalidad maravillosa? Vaya, me acabas de dejar hecho polvo.

—Con la fama que tienes, decidí que salir contigo sería perfecto porque, en cuanto hayamos salido unas cuantas veces juntos, te irás con otra.

—Así dicho, me haces parecer un hombre sin corazón.

—Eres un hombre muy guapo que procede de una familia de dinero y que no trabaja porque no lo necesita y, además, estás soltero. Seguro que hay un montón de mujeres que quieren salir contigo.

—¿Eso es un cumplido o me estás diciendo que no quieres volver a verme?

—Me lo pasé muy bien contigo y claro que quiero volver a verte, pero estoy segura de que no me voy a enamorar de ti, así que, cuando te hayas aburrido de mí y te vayas con otra, no voy a sufrir lo más mínimo.

—Vaya, tanta sinceridad hace daño. ¿Acaso tu experiencia con los hombres ha sido devastadora o es sólo porque soy yo?

Carina no contestó inmediatamente.

—Estuve prometida —dijo por fin mirando a Jude de reojo—. Nos conocimos en el colegio, nos hicimos amigos y empezamos a salir. Danny era mi mejor amigo, nos lo pasábamos muy bien juntos y, cuando volví de Nueva York después del derrame cerebral de mi padre, me pareció lo más natural del mundo casarme con él. Lo cierto es que no sé qué habría hecho sin él en aquellos momentos tan duros. A mi familia le pareció maravilloso que me casara porque me veían feliz. Por supuesto, yo no quería dejar mis estudios de

música y Danny accedió a venirse a vivir a Nueva York.

—¿Yqué sucedió? —le preguntó Jude aparcando el coche en un mirador.

Carina miró el horizonte.

—Mi vida quedó destrozada de repente —contestó—. Yo estaba en aquella época viviendo con mis padres para ayudar a mi madre a llevar a mi padre a rehabilitación por las mañanas, pero siempre estaba en casa por las noches. Danny trabajaba para la empresa de mi padre y aquella semana le tocaba ir a Río Grande porque tenemos allí un almacén. Una noche, llamó mi hermano Al para decirme que Danny se había matado en un accidente de coche volviendo a San Antonio.

Aquello me destrozó y lo peor fue que unas semanas después me enteré de que en el coche había una mujer con él.

Jude la miró sorprendido pues, aunque sabía lo del accidente, en el informe policial no se mencionaba que ninguna mujer hubiera muerto junto a Danny y, después de haber visto el estado en el que había quedado el coche, era inimaginable pensar que alguien hubiera podido salir con vida de aquel amasijo de hierros.

—Lo siento mucho, Carina —le dijo acariciándole el hombro—. Primero estuviste a punto de perder a tu padre y, luego, pierdes a tu prometido. Supongo que fueron momentos muy duros.

¿Has descubierto quién era la mujer que lo acompañaba?

—No —contestó Carina—. Me enteré porque oí a mis hermanos hablar sobre la mujer con la que Danny mantenía una relación en Weslaco y, por supuesto, les dije que quería saberlo todo.

Jude se dijo que tenía que volver a mirar el informe policial aunque estaba casi seguro al cien por cien de que no había ninguna mujer en el coche la noche del accidente. De ser así, ¿por qué le mentían sus hermanos?

Jude le tomó una mano entre las suyas y se dio cuenta de que Carina estaba temblando.

—No te puedes imaginar lo estúpida que me sentí —murmuró ella—. ¿Cómo no me di cuenta de que estaba viendo a otra mujer? Yo confiaba en él por completo. Estaba enamorada de él, creía en él y me entero, una vez que ha muerto, que ha traicionado todo lo que teníamos juntos —añadió apesadumbrada—. Bueno, me parece que éste no es el mejor tema de conversación que podríamos tener —

sonrió al cabo de un rato en silencio—. ¿Tienes alguna ex de la que quieres que hablemos?

Aprovecha —bromeó—. Bueno, mejor retiro lo dicho porque, como tú te pongas a hablar de todas tus ex novias, no acabamos nunca.

—Lo cierto es que nunca he tenido una relación seria con nadie —contestó Jude encogiéndose de hombros—. Supongo que eso lo dice todo. Sin embargo, te aseguro que no voy por ahí haciendo sufrir a las mujeres. Las chicas con las que salgo tienen muy claro que no busco una relación seria.

—Como yo.

—Como tú.

Jude se dijo que tenía que tener mucho cuidado. Quería que Carina tuviera muy claro desde el principio que sólo eran amigos. No quería que se sintiera de nuevo traicionada cuando su misión terminara.

Tras pasar la tarde paseando y buscando fósiles entre las rocas, merendaron en una cafetería en Uvalde y Jude se esmeró en hablar de cosas más alegres. Para cuando la dejó en casa aquella noche, Carina parecía mucho más relajada y tenía un brillo especial en los ojos que hacía que a Jude le resultara difícil distanciarse de ella.

—Gracias por acompañarme esta tarde —le dijo una vez en la puerta.

—Quería decirte que me parece que la fama que tienes es un poco exagerada porque eres un hombre encantador —contestó Carina.

Jude la tomó entre sus brazos y la levantó por los aires, dándole vueltas y haciéndola reír.

—Uy, perdón —se disculpó dejándola en el suelo—. Habíamos dicho que lo nuestro iba a ser casual y quiero respetar tu decisión —añadió tendiéndole la mano—. Será mejor que me vaya antes de que dé al traste con la nueva opinión que tienes de mí.

—¿Ahora nos vamos a estrechar la mano? —rió Carina.

Jude se sonrojó de pies a cabeza.

—Sí, creo que será mejor que no nos volvamos a besar —contestó—. De lo contrario, a lo mejor, me meto en un buen lío.

—No te preocupes, Jude, tu honra está a salvo conmigo —contestó Carina batiendo las pestañas y mirándolo con picardía.

Capítulo 5

El viernes por la noche, Jude se miró al espejo intentando anudarse por tercera vez la corbata que había elegido.

—Al garete con ella —maldijo quitándosela.

Había quedado con Carina de nuevo. Se habían visto dos veces aquella semana y parecía que Carina estaba muy a gusto en su compañía.

Sus compañeros le tomaban el pelo, pero lo cierto era que Jude también estaba a gusto en su compañía. Lo malo era que Carina era una mujer muy guapa y él era un hombre apasionado y, por supuesto, soñaba con acostarse con ella.

Evidentemente, aquello no iba a suceder aunque, por un par de comentarios que había hecho, a Jude le daba la impresión de que a Carina no le molestaba la idea.

Acostarse con la sospechosa no era parte de su misión, así que Jude se dijo que iba a tener que controlarse, lo que no le iba a resultar fácil porque, siempre que estaba con ella, su cuerpo se ponía en alerta máxima.

Dado que el domingo por la noche le había tomado el pelo por no darle un beso de buenas noches, Jude se había asegurado de besarla cada vez que habían quedado desde entonces y cada vez los besos eran más apasionados.

La noche anterior, sin ir más lejos, se había tenido que dar una ducha de agua fría al llegar a casa.

Al bajar las escaleras para irse, encontró a sus compañeros viendo una película y deseó poder quedarse con ellos, pero el deber lo llamaba.

—Vaya, vaya, vaya, pero qué guapo nos hemos puesto —bromeó Ruth.

—¿Dónde vamos hoy, Romeo? —le preguntó Hal.

—Al ballet —murmuró Jude.

—¿Al ballet? —se rió John—. Qué aburrimiento, ¿no?

—¿Por qué? A mí me encanta el ballet —contestó Ruth—. Ojalá pudiera ir yo en tu lugar.

—Ojalá —contestó Jude.

A continuación, bajó al garaje, se montó en su amado coche, lo

puso en marcha y se dirigió a casa de Carina.

A llamar a la puerta, consultó el reloj y se dio cuenta de que había llegado un poco antes de lo previsto.

—Perdón —se disculpó cuando Carina abrió la puerta envuelta en un albornoz—. He llegado antes de tiempo. ¿Quieres que me dé unas cuantas vueltas a la manzana?

—No, claro que no —rió Carina—. Anda, pasa y espérame.

Jude no pudo evitar fijarse en cómo el albornoz se acoplaba a sus curvas y sintió que se le tensaba el cuerpo entero.

—No hay prisa —contestó pasando al salón.

Una vez a solas, se sentó y miró a su alrededor. Hal había registrado la casa aquella misma semana aprovechando una de las ocasiones en las que Carina había salido con él, pero no había encontrado nada sospechoso.

A lo mejor, Carina no estaba involucrada en las operaciones ilegales de su familia, pero por el mero hecho de ser una Patterson era sospechosa.

Carina apareció luciendo un elegante vestido negro y zapatos de tacón de aguja. Se había dejado la melena suelta y, siendo completamente objetivo, Jude decidió que estaba impresionante.

—¿Lista? —le preguntó.

—Sí, gracias por esperarme pacientemente —contestó agarrando un pequeño bolso que tenía preparado sobre la mesa—. Estás más callado de lo habitual —comentó una vez en el coche—. ¿Te pasa algo?

—No —contestó Jude pensando en lo poco que le apetecía tener que pasarse dos horas viendo a no sé cuántas personas bailando de puntillas.

—Al hace mañana una barbacoa en su casa—declaró Carina—. Je apetece venir conmigo?

Al instante, Jude sintió una descarga de adrenalina. ¡Sí! Aquello era precisamente lo que habían estado esperando.

—Claro que me apetece. ¿A qué hora es?

—Hemos quedado sobre las dos aunque supongo que no comeremos hasta las cinco. Llévate el bañador.

Jude asintió.

Llegaron al teatro unos minutos antes de que empezara el espectáculo y, una vez sentados, Jude intentó acomodarse todo lo

posible para aguantar estoicamente lo que se avecinaba.

En el último acto, Carina lo despertó zarandeándolo suavemente.

—Perdón —se disculpó Jude.

—Estabas roncando —sonrió Carina.

Jude miró a su alrededor y comprobó para su alivio que nadie estaba mirando. Cuando terminó el espectáculo, se puso en pie con el resto del público y aplaudió educadamente. En realidad, aplaudió más que los demás porque estaba realmente agradecido de, que aquella tortura hubiera terminado.

—Por lo visto, no te ha gusta demasiado el ballet, ¿eh? —le dijo Carina una vez a solas en el coche.

Jude se encogió de hombros.

—¿Y la ópera? ¿Te gusta la ópera?

—¿La ópera? —repitió Jude intentando ocultar su horror—. Bueno, eh, en fin...

—¿Nunca has ido a la ópera?

—Creo que ha llegado el momento de confesar que no.

Aquello hizo reír a Carina.

—Si pudieras decir lo que te apetece hacer en este momento, ¿qué dirías? Sé sincero, por favor.

Jude se giró hacia ella y la miró a los ojos.

—¿Quieres que sea sincero? Lo que de verdad me gustaría es ir a un local de música country en directo.

—Pues vamos —lo animó Carina.

—¿Estás segura?

—Claro que sí. Si me quedo dormida, me despiertas.

Aquello hizo reír a Jude.

—No creo que te vayas a quedar dormida.

Cuando un rato después aparcaron frente a un local en el que nunca había estado y del que salía una música atronadora, Carina comprendió por qué.

—¿Te dan tapones para los oídos en la puerta? —bromeó.

—No tenemos por qué entrar si no quieres —contestó Jude.

—Claro que quiero, quiero hacer cosas nuevas —insistió Carina.

—¡Muy bien, tú lo has querido! —exclamó Jude encantado, quitándose la corbata y la chaqueta y remangándose la camisa—. ¡Vamos allá!

Una vez dentro, Jude comprobó que se trataba de un local inmenso en el que había gente bailando por todas partes.

Carina miraba en todas direcciones como si estuviera en otro planeta, así que Jude la tomó de la mano y la condujo a través del público hasta una mesa vacía.

—¿Qué vais a tomar? — les preguntó una camarera.

—Dos cervezas —contestó Jude—. ¿Has bebido cerveza alguna vez? —añadió una vez a solas con Carina.

—No, pero parece que esta noche voy hacer muchas cosas por primera vez.

—Eso parece.

Cuando Carina probó la cerveza e hizo una mueca de disgusto, Jude intentó no reírse.

—¿Quieres bailar? —le preguntó al cabo de un rato.

—No sé si voy a poder con estas sandalias —contestó Carina.

—Te prometo que tendré cuidado —le aseguró Jude.

—Está bien, vamos.

Una vez en la pista de baile, se quedaron un rato en un extremo para que Jude le enseñara los pasos y Carina, con su natural sentido del ritmo, no tardó en imitarlos a la perfección.

Tras un buen rato bailando, la orquesta hizo un descanso y Carina y Jude se encontraron acalorados y con la respiración entrecortada, así que, al volver a la mesa, Carina se terminó la cerveza de un trago.

Jude pidió otras dos y Carina se bebió la mitad de la suya.

—¡Vaya, no hemos parado! —exclamó Carina abanicándose con las manos.

—Lo has hecho muy bien —le aseguró Jude.

Carina sonrió encantada.

—La verdad es que me ha gustado mucho.

—¿Y la cerveza qué tal?

—Bueno, al principio no me ha gustado nada, pero ahora me está gustando cada vez más —

contestó Carina dando otro trago.

—¿Nos vamos? —le preguntó Jude.

—¡No! ¿Por qué? ¿Ya no van a volver a tocar?

—Sí, van a tocar un rato más.

—Entonces, si a ti te apetece, yo prefiero quedarme.

Y así lo hicieron.

Para cuando se fueron un par de horas más tarde, Carina apenas se tenía en pie porque había bebido cerveza como si fuera agua, así que Jude la llevó hasta el coche y la ayudó a sentarse.

—¿Te puedes emborrachar bebiendo cerveza? —le preguntó Carina mientras Jude conducía.

—¿Tú qué crees? —contestó Jude en tono divertido.

—No sé. Yo bebo vino de vez en cuando, pero nunca me había sentido así.

—No te preocupes. En breve estarás en casa y podrás dormir.

—Jude.

—¿Sí?

—No me he quedado dormida.

—No, desde luego que no.

—Estaba la cosa como para dormirse con tanto ruido.

—Desde luego.

—La verdad es que salir a bailar ha sido más divertido que ir al ballet... aunque el ballet también me ha gustado, ¿sabes?

—Me alegro de que te lo hayas pasado bien.

Silencio.

—Jude.

—Dime.

—Me gustas.

—Gracias. Tú también me gustas a mí.

—Me lo paso muy bien contigo.

—Lo mismo digo.

—Y bailas muy bien.

—Muchas gracias.

—Y todas las mujeres te miraban. No sé si te habrás dado cuenta.

—No, no me he dado cuenta.

—Ya... Tengo un sueño... Creo que me voy a echar una cabezadita mientras llegamos a casa.

—Ya hemos llegado —contestó Jude aparcando el coche frente a su bloque de pisos.

A continuación, agarró el bolso de Carina, sacó las llaves de su casa, la ayudó a bajar del coche, abrió la puerta y la llevó a su dormitorio, donde la acostó en su cama.

—Ahora ya puedes dormir —murmuró.

Carina se giró y se quedó mirándolo.

—Si quieres, te puedes quedar.

—Eh, muy amable por tu parte, pero yo tengo que irme a casa y tú tienes que descansar —

contestó Jude.

—¿Te importa bajarme la cremallera del vestido, por favor? —le dijo Carina poniéndose de espaldas a él.

Ojalá a Jude verla un poco borracha lo hubiera echado para atrás, pero no era así. Verla así le parecía muy gracioso aunque temía que Carina no fuera a opinar lo mismo a la mañana siguiente cuando recordara lo ocurrido.

Jude le bajó la cremallera del vestido y Carina lo dejó caer al suelo, quedando en ropa interior.

Jude cerró los ojos y dio un paso atrás.

—Bueno, nos vemos mañana —se despidió.

—¿No me vas a dar un beso de buenas noches? —le preguntó Carina siguiéndolo.

Aquello estaba empezando dejar de ser divertido. Jude se acercó con la intención de darle un breve beso de despedida, pero Carina le pasó los brazos por el cuello y lo besó con pasión.

Jude sintió que Carina temblaba... ¿o, tal vez, era él? En cualquier caso, debía salir de allí lo antes posible.

—Buenas noches, Carina —le dijo apartándose y saliendo por la puerta a toda velocidad.

Durante todo el trayecto de vuelta a casa y durante toda la noche, se arrepintió de no haber aceptado su proposición y su cuerpo erecto se lo recordó una y otra vez.

Jude se dijo que iba a tener que acostumbrarse a estar excitado durante toda la misión.

A la mañana siguiente, Carina se despertó tardísimo, a las diez y cuarto, y con una terrible resaca, así que se le ocurrió que lo mejor que podía hacer era darse una buena ducha.

Al llegar al baño y mirarse en el espejo, se dio cuenta de que había dormida en ropa interior.

Mientras se duchaba, recordó lo que había sucedido la noche anterior y sonrió.

Jude se había comportado como todo un caballero. Además,

había resultado ser un hombre muy divertido. Carina se lo había pasado en grande bailando con él, aprendiendo aquellas danzas en las que se bailaba con un montón de gente.

Ojalá volvieran a aquel local.

Claro que, la próxima vez, bebería agua.

Tras vestirse, bajar a la cocina y tomarse tres tazas de café con un par de tostadas, habló con Marisa y le contó lo que había hecho la noche anterior.

—¿Así que terminasteis bailando música country? —se extrañó su amiga y cuñada.

—Sí, te aseguro que es de las cosas más divertidas que he hecho en la vida —contestó Carina sinceramente.

—¿Y se ha quedado a dormir contigo?

—No, no quiso.

—¿Y eso?

—No sé, pero me parece bien. Aunque, por otra parte, quiero dar un paso más porque no me cabe la menor duda de que este hombre va a ser un amante maravilloso. Creo que está esperando a que le dé pie.

—¿Viene esta tarde?

—Sí, eso dijo anoche.

—Pues ponte ese biquini que tú y yo sabemos.

Aquello hizo reír a Carina.

—Hasta luego.

Capítulo 6

Carina se estaba haciendo una trenza cuando sonó el teléfono, así que se volvió a soltar el pelo y contestó.

—¿Sí?

—Buenos días. ¿Cómo te encuentras?

Carina carraspeó.

—Mucho mejor, gracias. ¿Me comporté anoche como una boba?

—Claro que no. Te comportaste como una persona que se lo está pasando estupendamente...

o eso parecía.

—Me lo pasé muy bien —le aseguró Carina—. Sin embargo, a partir de ahora, no voy a volver a beber cerveza.

Jude se rió.

—¿A qué hora quieres que pase a buscarte?

Carina consultó el reloj. Era casi la una.

—Sobre las dos está bien —contestó—. La gente irá llegando por la tarde. A la hora de comer sólo estará mi familia. Así los vas conociendo un poco.

—Me parece una idea genial. Para empezar, les preguntaré cómo han podido sobrevivir a tu adolescencia ahora que sé que eres una pequeña salvaje.

—Te aseguro que siempre me he comportado como toda una señorita.

—A mí no me engañas. No olvides que ayer vi tu lado salvaje.

—Sí, bueno, verás... estaba pensando que, a lo mejor, podríamos sacar un bono para el ballet porque, después de ver cómo te gustaba ayer...

—¿Me estás chantajeando? ¿Me estás diciendo que no diga nada de tu lado salvaje y que tú no dirás nada de lo del ballet?

—Veo que eres rápido.

—Muy bien, trato hecho —contestó Jude—. Nos vemos a las dos —se despidió colgando el teléfono y subiendo las escaleras.

—Qué plan tienes para hoy aparte de salir con una mujer de lo más atractiva? —le preguntó Hal.

—Es cierto que Carina Patterson es muy atractiva, pero no olvides que es una sospechosa.

—Nosotros no olvidamos, el que no debe olvidarlo eres tú —intervino John.

—Te aseguro que yo no lo olvido —contestó Jude—. Hoy vamos a comer en casa de su hermano Al, así que las cosas van muy bien.

—Buen trabajo —dijo su compañero.

—¿Te ha invitado a comer con su familia? —le preguntó Ruth—. Uy, madre, ¿no irá en serio esta chica?

—No creo —rió Jude—. El otro día me dejó muy claro que sale conmigo porque quiere volver a tener vida social y nada más. En cualquier caso, yo no quiero nada con ella. Estaba de vacaciones cuando surgió este caso y os aseguro que quiero terminar cuanto antes para volver a estar de vacaciones.

Alfred Patterson vivía en una urbanización muy moderna en la que, al llegar, el guarda de seguridad tomó nota de la matrícula del coche de Jude y les entregó un distintivo de visitante para dejarlo a la vista sobre el salpicadero.

Menos mal que Jude había tomado la precaución de cambiar la matrícula de su coche porque la dirección que figuraba era la del rancho familiar, lo que quería decir que, si a alguien se le ocurría indagar sobre quién era, su familia podía verse en un aprieto.

—¿Cuánto hace que tu hermano vive aquí? —le preguntó a Carina mientras conducía hacia casa de Al.

—Un año más o menos —contestó ella—. La empresa va muy bien y le apetecía comprarse una casa más grande en la que poder hacer fiestas.

Al llegar a casa de su hermano, Jude comprobó que, efectivamente, el negocio debía de ir viento en popa y a toda vela.

Entraron por la puerta de atrás y, nada más llegar, Jude reconoció por las fotografías a dos de los presentes. Se trataba de Ross Davies y de Patrick Sullivan.

—Yo te presento a la gente que conozco y que mi hermano te presente a los demás —dijo Carina.

—Ah, ya habéis llegado —los saludó Marisa yendo hacia ellos —.Justo a tiempo de tomar algo fresco y sentaros a la sombra.

Jude se fijó en que la mansión tenía una enorme piscina y una pista de tenis además de un césped perfectamente cuidado.

—Tienes una casa preciosa —le dijo a Marisa.

—Bueno, es mucho más grande de lo que en realidad

necesitamos, así que, al final, he tenido que contratar servicio para que me ayude. Con la casa y con el césped —rió la cuñada de Carina—.

No me quejo, la casa me encanta, pero me ha costado acostumbrarme al cambio —añadió—. Al, ha llegado el señor Crenshaw.

Su marido se giró y fue hacia ellos.

—Vaya, me alegro de verte —lo saludó—. Mira, te voy a presentar a un par de amigos míos, Ross Davies y Patrick Sullivan.

Mientras les estrechaba la mano, Jude se fijó en que. Ross era bajito y estaba un poco gordo y en que Patrick parecía muy joven, como recién salido de la universidad.

—Caballeros —los saludó.

—¡Has dicho Crenshaw? —dijo Ross—. Tu apellido se me hace conocido.

—Sí, será porque soy de Texas y somos una familia muy grande.

—Será por eso. ¿Ya qué te dedicas, Jude?

—A nada en concreto, a hacer lo menos posible —rió Jude—, tYvosotros?

—En este momento, me estoy planteando la posibilidad de jubilarme —contestó Ross.

—Eso suena muy bien —asintió Jude.

—Pat es funcionario del gobierno y se pasa todo el día entre papelotes —continuó Ross.

—Un poco aburrido, ¿no? —sonrió Jude.

—Sí, pero de algo hay que vivir —contestó Sullivan.

Ross, Al y Sullivan se rieron como si hubiera contado un chiste muy bueno.

—Bueno, Jude, sírvete lo que quieras —le indicó el hermano de Carina—. Si quieres jugar al tenis, Patrick juega muy bien y, cuando quieras, ahí tienes la piscina.

—Muy bien, muchas gracias —contestó Jude.

—Bueno, vamos a buscar algo fresquito —le indicó Carina despidiéndose de los demás.

Después de comer, se fueron con unos cuantos invitados más a la piscina y, cuando Jude vio el biquini de Carina, estuvo a punto de darle un infarto pues apenas tenía tela.

Jude tuvo que estar nadando un buen rato para poder controlar

el deseo que lo invadía cada vez que estaba con aquella mujer. Cuanto más la veía, más se moría por hacerle el amor, así que se dijo que lo que debía hacer era ignorar su deseo, que era exactamente lo que estaba haciendo.

Sí, claro.

Cuando la mayoría de los invitados se hubieron ido y mientras Carina charlaba con sus cuñadas, Alfred se sentó al lado de Jude en una de las mesas de la terraza.

—Me gustaría hablar contigo sobre Carina.

Jude asintió.

—Según tengo entendido, estás saliendo con ella

—Efectivamente —contestó Jude sin inmutarse—. ¿Algún problema?

—No quiero que mi hermana sufra. Ha pasado mucho y está muy vulnerable.

—¿Y tú crees que yo la voy a hacer sufrir?

—Todo el mundo sabe que te gustan demasiado las mujeres, Crenshaw.

Aquello hizo reír a Jude.

—Exactamente igual que a ti —contestó levantando su vaso de cerveza.

Al lo miró sorprendido.

—Eso ha cambiado desde que me casé con Marisa.

«Ya, claro, ahora eres mucho más discreto, pero sigues haciendo lo que te da la gana», pensó Jude.

—¿Ves? Tú eres la prueba viviente de que un hombre puede cambiar cuando decide sentar la cabeza.

—¿Me estás diciendo que vas en serio con mi hermana?

—Todavía es muy pronto para decirlo porque llevamos muy poco tiempo saliendo juntos, pero tú ya me entiendes. Cuando la gente tiene una buena razón, cambia —le aseguró Jude—. ¿Me estás preguntando si mis intenciones con tu hermana son honorables? —añadió al cabo de un rato en silencio.

—Por supuesto que no —contestó Alfred ruborizándose y mirando hacia donde estaban las mujeres charlando—. A mi hermana no le gusta nada que me meta en su vida.

—¿Y lo haces muy a menudo? —sonrió Jude.

—Je ha dicho que estuvo prometida?

—Sí.

—El chico era un buen tipo, un amigo suyo de toda la vida, pero, sinceramente, a mí no me hacía gracia que se casara con él porque no tenía ninguna ambición.

—Me dijo que se mató en un accidente de coche.

—Sí...

—No he querido preguntarle a tu hermana, pero a ti te puedo preguntar los detalles. ¿Estaba ella en el coche en el momento del accidente?

—No, gracias a Dios, no —contestó Al—. Danny venía del sur de Texas, donde tenemos un almacén. Era muy tarde, casi las dos de la madrugada, según la policía. Por lo visto, iba a mucha velocidad, perdió el control del coche y dio varias vueltas de campana. Murió en el acto.

—Supongo que perder a su prometido debió de ser muy difícil para Carina. Supongo que por eso, cuando la conocí, me dijo que no salía mucho.

—¡Debe de está recuperando el tiempo perdido contigo!

Jude se rió.

—Desde luego —sonrió echándose hacia atrás—. ¿Y qué hacéis exactamente en tu empresa?

¿Qué compráis y qué vendéis?

Jude se dio cuenta de que Al hubiera preferido seguir hablando de la relación que mantenía con su hermana, pero, al ver que las tres mujeres iban hacia ellos, contestó a su pregunta como si llevaran todo el tiempo hablando de la empresa familiar.

—Compramos y vendemos de todo... muebles antiguos de Europa, Asia y África. Ben se encarga de las compras y yo de la administración. Mi padre es un hombre maravilloso, un marido encantador y un padre inmejorable, pero no es un buen hombre de negocios. Cuando tuvo el derrame cerebral, la empresa estaba al borde de la quiebra. Desde que mi hermano y yo nos hemos hecho cargo de ella, la hemos modernizado, hemos hecho nuevos contactos al otro lado del Atlántico, hemos empezado a comprar otro tipo de artículos y hemos conseguido darle la vuelta.

—Vaya, me dejas impresionado.

En aquel momento, llegó Carina y apoyó las manos en los hombros de Jude.

—¿Qué te deja impresionado? —le preguntó.

—La cantidad de trabajo que implica llevar una empresa —contestó Jude poniéndose en pie.

—Claro, tú no tienes que trabajar con todo el dinero que tiene tu familia, ¿no? —sonrió Al con condescendencia.

—La verdad es que no y estoy encantado —contestó Jude agarrando a Carina de la cintura—.

¿Nos vamos?

Tras despedirse y una vez a solas en el coche, Carina le preguntó de qué estaba hablando con su hermano antes de que ella llegara.

—De vuestra empresa.

—No me engañes...

—Bueno, Al me estaba advirtiendo que tuviera cuidado para no hacerte daño— admitió Jude.

—¡Lo sabía! —se indignó Carina—. No sé por qué se ha erigido en mi ángel de la guarda, pero no me gusta nada que se meta en mi vida personal.

—Sólo se preocupa por ti.

—Ya —sonrió Carina.

Cuando llegaron a su casa, Jude la acompañó hasta la puerta.

—Todavía es pronto —comentó Carina—. ¿Quieres pasar un rato?

—No, me tengo que ir —contestó Jude dándole un beso—. Te llamo mañana.

Lo cierto era que Jude quería que aquel caso terminara cuanto antes para saber si Carina estaba metida en algo sucio porque realmente le gustaba aquella chica.

Por supuesto, no buscaba una relación seria con ella porque amaba demasiado su libertad y ambos habían dejado claro que lo único que querían era pasar un buen rato.

Ruth y Hal lo estaban esperando cuando Jude llegó a casa.

—¿Qué hay de nuevo, chicos?

—Hemos entrado en las oficinas de Patterson y hemos descubierto que Al y Ben van a ir a México el jueves que viene a comprar algo. ¿Deberíamos seguirlos?

—Por supuesto. A vosotros no os han visto nunca, así que os resultará fácil seguirlos haciéndoos pasar por turistas. Si me vieran a mí, estaríamos perdidos. Por cierto, Al Patterson me ha estado

hablando del accidente del prometido de Carina y me ha dicho que conducía muy rápido y que se estrelló, pero no ha mencionado que otro coche le dio en un lateral.

—A lo mejor, no lo sabe —aventuró Ruth.

—A lo mejor, no lo ha dicho porque fueron ellos quienes provocaron el accidente —contestó Jude.

—Hemos escuchado una conversación interesante entre Al y un primo suyo de Ciudad de México en la que dejaba claro que ni sus padres ni su hermana sabían nada de lo que Ben y él hacen y en la que le advertía que así debía seguir siendo.

Jude se sintió profundamente aliviado y se justificó pensando que tanto Carina como sus padres eran buena gente y no merecían ser arrestados por las actividades ilegales de sus hermanos.

Jude se dijo que su alivio no era porque la mujer con la estaba saliendo hubiera dejado de ser sospechosa.

Por supuesto, a pesar de la lucha interna que tenía con su libido, tenía que seguir saliendo con ella para seguir estando cerca de sus hermanos.

—¿Has conseguido alguna información interesante en la barbacoa? —le preguntó John entrando en el salón.

—He conocido a Davies y a Sullivan. Parece que son muy amigos de Al Patterson —contestó Jude.

—Parece sospechoso —comentó el otro agente—. Claro que siempre podrían decir que están intentando obtener información.

—Has averiguado quién les ha hecho las jugosas transferencias a sus cuentas bancarias?

—No, todavía no. La verdad es que lo tienen bien escondido. Sigo con ello. Sé que tienen las cuentas en paraísos fiscales, pero todavía no he logrado averiguar de dónde procede el dinero.

—Llevas con eso varios meses. No creo que sea tan difícil —comentó Hal.

—No, claro que no, es muy fácil —contestó John—. ¿Por qué no lo haces tú?

—Bueno, chicos; tengamos la fiesta en paz —intervino Ruth.

—Así que esta semana Ruth y yo nos vamos a México —resumió Hal—, John sigue con el asunto del dinero, ¿y tú? ¿Qué planes tienes, Jude?

—Te aseguro que no voy a ir al ballet —musitó Jude.

Capítulo 7

—¿Y bien? —le dijo Marisa a Carina a la mañana siguiente en cuanto descolgó el teléfono.

—Buenos días, Marisa.

—¿Se ha quedado a dormir esta noche?

—Te interesa más mi vida sexual que la tuya —contestó Carina.

—Eso es porque la mía es inexistente. No te puedes ni imaginar las excusas que me pone tu hermano para no acostarse al mismo tiempo que yo. Que si tiene trabajo, que si está cansado, que si hay una película en televisión que le interesa y un largo etcétera. Me ha dicho esta mañana mientras desayunábamos que tiene que irse esta semana a México y he decidido contratar a un detective privado para que lo siga.

—Siento mucho que hayas tenido que llegar hasta ese extremo, pero creo que tienes razón. Es mejor que sepas cuanto antes qué se trae entre manos.

—En cualquier caso, no te he llamado para hablar de mi ajetreada vida. ¿Se ha quedado a dormir o no?

—No. Ni siquiera quiso pasar aunque lo invité.

—Bueno, me parece que ha llegado el momento de que hagas algo drástico.

Aquello hizo reír a Carina.

—Eres incorregible.

—Forma parte de mi encanto.

—¿Qué me sugieres?

—Invítalo a cenar a tu casa esta noche.

—Muy bien.

—Antes de que llegue, date un buen baño relajante con esencias florales, pon velas por todas partes y música suave. Ya sabes, para que se vaya percatando de lo que te propones.

—Ya.

—Venga, hombre, puedes hacerlo. Yo confío en ti.

—Menos mal porque yo no lo tengo tan claro. ¿Qué te dijo ayer Al de Jude cuando nos fuimos?

—Yo creo que le cae bien. Me habló de que tiene parientes en política tanto en el estado de Texas como en Washington DC.

—Ya supongo que le interesa a ese nivel, pero lo que yo te pregunto es si te dijo algo de él a nivel personal.

—Que no parecía un hombre muy ambicioso.

—A mí tampoco me lo parece, pero me gusta. Yo lo único que quiero es acostarme con él.

—Entonces, invítalo a cenar esta noche.

—Sí, lo voy a invitar, pero no sé si va a querer venir.

—Buena suerte.

—Gracias.

Carina llamó Jude a última hora de la mañana del domingo, algo que lo sorprendió sobremanera.

No esperaba verla tan pronto e incluso había pensado pasarse por el rancho de su familia a conocer a su nuevo sobrino, así que su invitación para cenar lo pilló completamente por sorpresa.

—Había pensado que podríamos cenar en mi casa y luego ver una película. Me gustaría hacer algo por ti como recompensa por el tiempo y el dinero que te estás dejando conmigo desde que nos conocemos.

—Bueno, yo...

—Por favor, no digas que no. Hemos ido a tantas funciones que no hemos tenido oportunidad de estar los dos solos.

Precisamente por eso, Jude se dijo que debería contestar que no.

—Me encantaría, Carina, pero...

—Muy bien. Entonces, nos vemos a las siete —dijo Carina colgando el teléfono.

Jude se quedó mirando el auricular.

—Pues sí que estamos bien —dijo en voz alta.

—¿Estás tan mal que hablas solo? —le dijo John entrando en la cocina.

—Sí, debo de estar muy mal, pero es que, a veces, este trabajo es de locos.

—Estoy completamente de acuerdo contigo. Yo ya no puedo más y, aunque no hablo solo, le hablo al ordenador, que no sé qué es peor —sonrió su compañero.

Jude sacó pan del frigorífico y preparó dos sándwiches, uno para cada uno.

—Si yo supiera tanto de ordenadores como tú, te cambiaría mi puesto gustoso —le dijo sentándose a la mesa.

—¿Y entonces a mí me tocaría salir con la maravillosa Carina Patterson? —contestó John sentándose enfrente.

Jude asintió.

—¿Qué pasa? ¿Estás harto de ella? ¿Te aburres en su compañía?

—No, no es eso —contestó Jude—. Lo que pasa es que estoy deseando terminar esta misión, obtener las pruebas que necesitamos e irme de aquí.

—Estamos todos igual. A ver si el viaje a México nos da lo que estamos buscando.

—Ojalá.

—¿Y qué planes tienes para hoy con Carina?

—Me ha invitado a cenar esta noche en su casa.

—¿Y qué tiene eso de malo?

—Todo. Ahora que sabemos lo que van a hacer sus hermanos, no tengo necesidad de verla tanto. Si no están en la ciudad, no hay razón para que la vea hoy.

—Pues déjalo con ella, corta la relación.

—Sí, es lo que voy a hacer, pero antes quiero asegurarme de que tenemos suficientes pruebas para encerrar a sus hermanos.

Jude llamó a la puerta de Carina a las siete en punto.

Estaba nervioso.

Llevaba toda la tarde trabajando, redactando informes y leyendo documentos y, por fin, había conseguido ponerse al día.

Carina abrió la puerta y dio un paso atrás para dejarlo entrar. Por cómo sonreía, Jude se puso todavía más nervioso.

Evidentemente, algo en su relación había cambiado la noche en la que habían ido al ballet y al local de country. Carina se había abierto a él de una manera que Jude no podía controlar.

Aquella noche le había dicho que le gustaba, lo que era maravilloso, pero Jude sospechaba que Carina estaba empezando a confiar en él, lo que ya no era tan maravilloso.

No quería hacerle daño.

De verdad que no.

—Me alegro de que hayas venido —sonrió Carina.

Jude se fijó en que estaba diferente. Para empezar, llevaba un precioso vestido y olía diferente, olía a algo que no podía identificar, pero que lo envolvía estando cerca de ella y le prometía todo tipo de placeres si se acercaba.

Por supuesto, Jude dio un paso atrás y miró a su alrededor.

Fue entonces cuando se percató de que había velas por todas partes y de que Carina había preparado algo de picar que había dejado en una fuente sobre la mesa del salón.

—Veo que te has tomado un montón de molestias —comentó.

—No he tardado nada en prepararlo —contestó Carina.

Y era cierto porque eran las deliciosas sobras de la comida de casa de sus padres.

—¿Quieres que pongamos la televisión o esperamos un poco? Anda, siéntate.

Jude así lo hizo.

—Mmm, qué bien se está aquí —suspiró.

—¿Quieres que te dé un masaje?

Jude se dijo que aquello iba a ser más difícil de lo que había previsto. Obviamente, aquella velada estaba destinada a terminar en la cama y, de haber sido una situación normal, habría sido maravilloso.

Por supuesto, Jude no podía decirle por qué había empezado a salir con ella, pero tampoco tenía intención de aprovecharse de la situación, así que, unas horas después, mientras se besaban en el sofá después de haber cenado y de haber visto la película, bastante picante por cierto, Jude se preguntó cómo demonios habían llegado a aquello.

—Carina, si no paramos ahora mismo, vamos a terminar haciendo el amor —le advirtió entre besos—. ¿Es eso lo que quieres?

—¡Sí, eso es exactamente lo que quiero! —exclamó Carina mirándolo encantada—. Te prometo que te trataré bien.

Jude sonrió, la tomó en brazos y la llevó al dormitorio. Viendo el deseo en los ojos de Carina se había olvidado por completo de por qué no era una buena idea acostarse con ella.

Al dejarla sobre la cama, Carina se quitó el vestido y él se desnudó a toda velocidad y se tumbó a su lado.

—Vaya, no tenía pensado que esto ocurriera y no tengo preservativos.

—Pues me parece que tu amiguito tiene otros planes —comentó Carina acariciándole la erección, abriendo el cajón de la mesilla y sacando uno.

—Me da la sensación de que lo tenías todo planeado —comentó Jude con una gran sonrisa.

—¿Ah, sí? ¿Y qué te hace pensar eso? ¿Ha sido la música, las velas o la peli?

—No quiero que te arrepientas —le advirtió Jude tomándola entre sus brazos.

—Y yo lo que no quiero es seguir hablando —contestó Carina.

Capítulo 8

Carina estaba tan excitada que temblaba de deseo.

Ahora entendía lo que Marisa decía cuando le tomaba el pelo diciéndole que no tenía experiencia pues jamás había sentido un vacío tan grande ni una necesidad tan honda.

Necesitaba sentir el cuerpo de Jude junto al suyo, necesitaba — acariciarlo y oírlo jadear, demostrándole que estaba tan excitado como ella.

Carina tenía muy claro que jamás olvidaría aquella noche.

Jude, que, al principio, se había mostrado algo reticente, había olvidado sus dudas por completo, se había colocado entre sus piernas y le estaba lamiendo los pechos, completamente entregado a la tarea de hacerla gozar como a una diosa.

Cuando, por fin, se introdujo en su cuerpo, Carina sintió que la vida tenía sentido y que la conexión entre ellos era maravillosa.

Carina le abrazó la cintura con las piernas y Jude comenzó a moverse más rápido, conduciéndolos a ambos a un increíble orgasmo.

Una vez tumbados en la cama uno al lado del otro, Carina se giró hacia él y sonrió. Jude tenía los ojos cerrados y respiraba de manera entrecortada. Cuando los abrió, se encontró con Carina muy cerca, lo que lo hizo suspirar y tomarla entre sus brazos.

—Se suponía que nuestra relación no iba a ir por estos derroteros —comentó.

—No sabía yo que tuviéramos normas que tuviéramos que seguir a rajatabla —contestó Carina—. Esto no cambia nada. Si te cansas de mí y quieres salir con otras, lo aceptaré sin problema.

—No estoy cansado de ti. Es que... no quiero una relación seria.

—Yo, tampoco —se apresuró a asegurarle Carina—. Yo lo que quiero es volver al mundo, no quiero nada serio contigo.

—Ah —contestó Jude no muy contento.

—Quería acostarme contigo y ya está.

—Muchas gracias por tu sinceridad.

—Quiero que quede muy claro que no tengo ninguna intención de lanzarme a tu cuello ni nada por el estilo. No tengo ninguna necesidad de casarme.

—Ah, bueno, muy bien. Me parece bien.

—Me alegro —sonrió Carina—. ¿No me digas que te vas a ir?

—No, claro que no —contestó Jude—. Me quedo contigo.

Jude entró en casa a las seis de la mañana y se encontró de bruces con John, que todavía no se había acostado.

—Te agradecería que no les contaras esto a los demás —le dijo Jude mientras preparaban un café.

—No, no te preocupes no se lo voy a contar —contestó su compañero sirviendo dos tazas y tomando una—..Tú eres el único que se lo está pasando bien en esta misión, así que no se lo voy a contar ni a Hal ni a Ruth para que no se enfaden.

—No es lo que parece.

—¿Ah, no? `No te has acostado con Carina Patterson?

Jude se pasó los dedos por el pelo.

—Es complicado.

—Sí, no lo dudo. Te has acostado con la hermana de unos sospechosos y, a lo mejor, cuando se entere de que te interesaste por ella por sus hermanos, se sienta un tanto utilizada.

—Los dos somos adultos y sabemos lo que hacemos. Carina tiene muy claro que no quiero una relación seria y yo, tampoco. No es sospechosa, así que no he traicionado a nadie.

—Lo que dices suena razonable y lógico. El problema es que no hablas con la cabeza y los dos lo sabemos. El sexo cambia todo en una relación. rSe lo vas a decir a Sam?

—¿Para qué? No es asunto suyo.

—¿Ah, no? Yo creo que le gustaría saber que uno de sus hombres se ha enamorado de Carina Patterson.

—No digas tonterías. Yo no me he enamorado de esa chica. Me cae bien y me gusta estar con ella, pero eso no tiene nada que ver con la misión. Mira, ahora estamos los dos muy cansados. Creo que será mejor que durmamos un rato y ya hablaremos de esto más tarde.

—Yo no tengo nada más que decirte —se despidió John girándose y yendo hacia su ordenador.

Jude se quedó mirando a su compañero y consideró por unos instantess añadir algo más, pero lo cierto era que John tenía razón.

Había pasado la noche con Carina.

Jude se había ido de casa de Carina cuando había comenzado a

amanecer y, antes de hacerlo, se había quedado mirándola, con su melena negra desparramada por la almohada.

Jamás lo admitiría, pero la noche que había pasado con ella había sido maravillosa. Era consciente de que la deseaba, pero no se había dado cuenta de hasta qué punto y aquello lo asustaba.

Mientras se duchaba para meterse en la cama, Jude recordó una y otra vez lo que habían compartido aquella noche, la suave y delicada piel de Carina, su erótico perfume, sus jadeos.

Por supuesto, volvió a desearla.

Una vez en la cama, le pegó un par de puñetazos a la almohada y se dijo que, aunque era cierto que aquella mujer le gustaba más de lo que quería admitir, en cuanto hubiera vuelto a Maryland y a su rutina, se olvidaría de ella.

Aquella noche, Jude se reunió con los otros tres agentes para ver lo que habían averiguado. El primero en hablar fue Hal.

—Tenemos billete para el primer vuelo de la mañana, así que estaremos en la terminal con los Patterson a pesar de que ellos han alquilado una avioneta privada porque, en cualquier caso, tienen que pasar por la aduana. No los perderemos de vista. Si ellos se separan, cada uno de nosotros seguirá a uno de ellos. En cuanto averigüemos en qué hotel se hospedan, entraremos en sus habitaciones y colocaremos micrófonos.

—¿Les podríais poner algún micrófono en la ropa? Por ejemplo en alguna prenda que siempre lleven. No sé, en el cinturón… —sugirió Jude.

—Buena idea —contestó Ruth.

—Por fin creo que he encontrado algo —intervino John—. Una de las empresas a las que los Patterson realizan un pago mensual es una empresa fantasma con varias cuentas bancarias en paraísos fiscales. Ahora lo único que me queda por hacer es demostrar que ese dinero ha estado yendo a Davies y a Sullivan. Si pudiéramos acusarlos de aceptar sobornos, tal vez se vengan abajo y nos cuenten todo lo que saben sobre la operación.

—Y sobre la muerte de vuestro compañero —les recordó Jude.

—Sí, una vez que los tengamos detenidos, yo creo que averiguaremos todo lo que queremos saber. Estoy seguro de que soltarán todo lo que saben para no verse envueltos. Yo no digo que no hayan tenido que aceptar el soborno porque una vez descubierta

la operación los hayan amenazado de muerte. Es una situación difícil, pero en esos casos, lo que hace un buen agente es informar a su superior y desaparecer. Obviamente, estos dos han preferido el dinero. Puede ser que Gregg rechazara el soborno y por eso lo mataron.

—Yo creo que sería mejor que no los detengamos, aunque tengamos pruebas, hasta que los Patterson estén bajo custodia —sugirió Jude—. Si durante este viaje nos enteramos de la fecha y de la hora del próximo cargamento, podríamos esperarlos dentro del almacén. Parece que nos estamos acercando a algo gordo, chicos.

—Por fin —contestó John—. Estoy deseando terminar este caso. ¿Y tú qué vas a hacer durante esta semana, Jude? No creo que tengas mucho que hacer hasta que esto se resuelva.

—Creo que voy a ir a pasar un par de días con mi familia.

—De repente, ¿vas a dejar a tu adorada chica sin tu compañía? —se burló Ruth.

—Me parece que le voy a decir que estoy saliendo con otra chica y voy a romper la relación con ella —contestó Jude.

—¿No te parece cruel e innecesario?

Lo cierto era que Jude no tenía ni idea de cómo terminar con aquella relación.

—Pues dime tú una manera de acabar con esto sin hacerla sufrir.

—Según tengo entendido, no le has prometido nada ni le has pedido que se case contigo, ¿no?

—No, he intentado mantener las cosas entre nosotros lo más superficiales posibles —contestó Jude ignorando la repentina carraspera de John.

—Entonces, comienza a dejar de verla poco a poco. Irte a casa de tu familia es un buen comienzo. No la llames tan a menudo, no la invites a salir todos los días. Así, se dará cuenta de que has perdido interés. No estoy diciendo que le vaya a resultar más fácil superarlo porque, no nos engañemos, nuestros egos siempre se sienten heridos en una situación como ésta y a nadie le gusta que lo dejen, pero, por lo menos, no se sentirá humillada, que es lo que sucederá si le dices que estás saliendo con otra mujer.

—Eso que dices tiene lógica.

Ruth lo miró sorprendida.

—¿Es que acaso no has roto una relación antes?

—Nunca he tenido una relación falsa como ésta y se me hace muy difícil —admitió Jude.

—A lo mejor se te habría hecho más fácil si Carina Patterson hubiera resultado estar involucrada en los delitos familiares. ¡Así la habrías tenido que arrestar y ya está! —bromeó Ruth.

—No, eso habría sido terrible —contestó Jude—. Bueno, chicos, mantenedme informado de lo que suceda esta semana. Todos tenéis mi número de móvil.

A continuación, los otros tres se quedaron viendo la televisión, pero Jude estaba inquieto y decidió irse a conducir un rato, a escuchar buena música y a intentar convencerse de que tenía que olvidarse de Carina.

—¿Qué vas a hacer esta noche? —le preguntó Marisa a su cuñada en cuanto Carina contestó el teléfono el miércoles por la tarde.

—Buena pregunta. ¿Te apetece que vayamos al cine?

—Eso significa que no has quedado con Jude?

—No.

—¿Has hablado con él?

—No. Desde el domingo. Por lo visto, mi actuación en la cama no le ha debido de gustar todo lo que yo creía, porque no me ha vuelto llamar.

—Vaya, lo siento mucho porque a ti te gusta, verdad?

—Sí, pero nunca me he hecho ilusiones.

—Ya sé que yo fui la primera en advertirte de la fama que tenía con las mujeres, pero creía que contigo iba en serio porque habéis salido juntos un montón de veces.

—Ya sabes que los vericuetos de la mente masculina son inexpugnables —bromeó Carina—.

En cualquier caso, me voy a Nueva York dentro de unas semanas y lo que menos me conviene es tener una relación con un hombre. En fin... —suspiró—. ¿Te apetece ir al cine?

—Pues sí, me voy a ir contigo al cine aprovechando que a mi hermana le encanta quedarse con mis hijos.

Carina colgó el teléfono y se quedó mirando al aparato, irritada consigo misma porque, desde el lunes, cada vez que sonaba corría a contestar con la esperanza de que fuera Jude.

No la había llamado desde que se había acostado con él, así que,

seguramente, eso quería decir que ya se podía ir olvidando de él.

¿Tan mal lo había hecho?

De ser así, Jude había disimulado muy bien.

Desde luego, se había sentido decepcionada cuando, al despertarse el lunes por la mañana, había comprobado que se había ido y no le había dejado una nota ni nada.

Carina se había pasado todo el martes intentando buscar una excusa para llamarlo, pero no se había atrevido y había llegado a la conclusión de que tenía que aceptar que Jude había tomado gustoso lo que ella le había ofrecido, pero que, obviamente, la noche que habían pasado juntos no había significado nada para él.

¿Y qué más quería ella? Había querido acostarse con él y lo había conseguido. ¿Qué más quería?

Carina decidió que no le apetecía ponerse a pensar sobre las respuestas a esa pregunta, así que se puso a prepararse para ir a buscar a Marisa.

Jude llevaba tres días descolgando el teléfono a todas horas para llamar a Carina. Llevaba tres días sin saber nada de Hal ni de Ruth, desde que habían llegado a México, y se estaba empezando a poner bastante nervioso.

Sentía una poderosa necesidad de ver a Carina, de hablar con ella y de averiguar si estaba bien, de saber si se había ofendido por haberse ido de su lado sin dejar siquiera una nota.

Jude suponía que estaría muy enfadada y lo entendía perfectamente, pero le parecía que lo que estaba haciendo era lo mejor.

Lo estaba pasando tan mal que había decidido ir al rancho a ver a su familia. El trayecto de dos horas lo ayudó a distanciarse del caso y, para cuando llegó a la verja de entrada, sonreía encantado porque iba a ver a su gente.

Al llegar frente a la casa en la que había vivido y que ahora ocupaban Jake y Ashley, se quedó mirándola. Aquella casa color crema con el tejado rojo había visto crecer a varias generaciones de Crenshaw.

Sus padres habían construido una casa más pequeña dentro del rancho a unos diez kilómetros de la de Jake cuando su padre había decidido jubilarse y su hermano se había hecho cargo del rancho.

Jude se bajó del coche y estiró las piernas. Al acercarse a la puerta de la cocina, su hermano Jake salió a recibirlo.

—¡No me lo puedo creer! —lo abrazó—. ¿Les has dicho a papá y a mamá que venías?

—No —contestó Jude—. No sabía si iban a haber vuelto de su último viaje. Tú parece que has sobrevivido al nacimiento de tu hijo —añadió mirándolo—. ¿Qué tal están Ashley y el pequeño?

—Están los dos muy bien —contestó Jake abriéndole la puerta para que entrara—. Ya nos vamos haciendo con los horarios del bebé y estamos encantados.

Una vez dentro, Jude se sirvió una taza de café y le preguntó a su hermano si quería.

—No, gracias. Esta noche me he despertado a la una y media y a las tres y ya he consumido bastante café.

Ahora que lo mencionaba, Jude se fijó en que su hermano tenía los ojos rojos. En otra época de su vida, lo habría achacado a una resaca, pero ahora sabía que era porque acababa de tener un hijo y se dijo que era increíble cómo podía cambiar la vida de una persona.

—La verdad es que es una aventura maravillosa. No conocí a Heather hasta que casi tenía cuatro años y tener un recién nacido en casa es increíble. ¿Lo quieres conocer?

—Claro que sí —sonrió Jude—. Ya decía yo que esta casa estaba diferente. No oigo a ninguna niña hablando sin parar. ¿Dónde está tu hija? —le preguntó a Jake mientras lo seguía escaleras arriba.

—Está en casa de una amiga —le explicó su hermano—. Pensamos que, si salía de casa unas cuantas horas todos los días, la transición sería más fácil y, gracias a Dios, a ella le encantó la idea.

—¿Os habéis puesto ya de acuerdo en cómo lo vais a llamar?

—Sí, se va a llamar Joseph Kenneth en honor a sus dos abuelos paternos —contestó Ashley saliendo de la habitación de su hijo y abrazando a su cuñado con cariño.

—Ven a conocer a Joey —insistió su hermano.

—Como lo despiertes, lo duermes tú —le advirtió su mujer.

—Bueno, entonces, creo que vamos a esperar a que se despierte él solo si no te importa —

sonrió Jake.

—Por mí, no hay problema —contestó Jude.

—Cuando tengas un hijo, nos entenderás —le dijo su cuñada mientras bajaban a la cocina y se sentaban.

Jude se irritó consigo mismo porque, al oír aquellas palabras, su mente se había ido directamente a Carina.

—De momento, no tengo ninguna intención de casarme y, en cuanto a tener hijos, os dejo el deber a Jared y a ti —añadió mirando a su hermano—. Por cierto, ¿qué tal están Lindsey y él?

—Están buscando una casa cerca de Houston. Lindsey quiere una casa grande con mucho jardín porque quiere tener muchos hijos. Como ella es hija única...

Tras una hora charlando, el recién nacido decidió despertase y, al oírlo llorar suavemente, sus padres y su tío subieron a verlo.

—Vaya, qué pequeñito es —comentó Jude.

—Sí, pero está completamente sano —le explicó su cuñada tomándolo en brazos y colocándole la cabeza en la curva de su cuello y de su hombro.

Jake le puso la mano en la espalda y miró a su esposa a los ojos y Jude tuvo la sensación de que se habían olvidado de él.

De repente, y para su inmensa sorpresa, se encontró sintiendo envidia de lo que Ashley y Jake estaban compartiendo.

Mientras Ashley le daba el pecho a su hijo, Jake llamó a sus padres para decirles que Jude estaba porr allí y en menos de un cuarto de hora se presentaron en casa para verlo.

—Cuánto te he echado de menos —le dijo su madre abrazándolo.

—¿Cuánto tiempo te vas a quedar? —le preguntó su padre.

—Me tengo que ir esta tarde, así que os dedico todo el día.

Aquella tarde, antes de irse, prometió a su familia volver en breve y quedarse, por lo menos, una semana.

Cuando entró en San Antonio, iba de mucho mejor humor que cuando se había ido aquella mañana y decidió pasar por casa de Carina.

A lo mejor, le cerraba la puerta en las narices, pero necesitaba verla.

Al llegar a su casa, llamó a la puerta un par de veces, pero nadie contestó. Jude se percató de que su coche tampoco estaba y tuvo que admitir que, probablemente, habría quedado con alguien para salir.

De repente, aquella posibilidad lo irritó sobremanera y tuvo que recordarse que nada de lo que hiciera aquella mujer era asunto

suyo.

Jude se dijo que, seguramente, habría ido a visitar a sus padres y decidió llamarla al día siguiente para ver si se podían ver un par de horas porque, al fin y al cabo eran amigos, ¿no?

Y dos amigos podían quedar tranquilamente a pasar la tarde juntos sin ningún problema,

¿eh?

Capítulo 9

Carina tocaba el piano un mínimo de cuatro horas diarias desde hacía muchos años y llevaba toda la semana practicando con ahínco pues el tiempo que estaba concentrada en la música no pensaba en Jude.

Cuando sonó el teléfono, se dijo que era imposible que fuera él.

—¿Sí?

—Hola.

Al oír su voz, el corazón comenzó a latirle aceleradamente.

—Hola, Jude —contestó sentándose en el sofá.

—Yo... eh... quería saber qué tal estabas.

—Bastante bien, gracias.

—Bien.

Pausa.

—Me alegro.

Pausa.

—Verás, he estado toda la semana en el rancho de mi familia y volví ayer.

Así que había estado fuera de la ciudad. En cualquier caso, aquello no explicaba su grosería.

—¿Para qué me llamas? —le preguntó Carina yendo directamente al grano.

Jude carraspeó.

—Creo que el lunes por la mañana me fui de manera un tanto abrupta.

—¿Crees? ¿Eso quiere decir que no estás seguro?

—Yo... bueno... la verdad es que... mira, vamos a olvidarlo, ¿de acuerdo? Perdona por molestarte.

—Jude, espera un momento.

—Dime.

—¿Qué te parece si quedamos y hablamos sobre lo que ocurrió?

—Lo que ocurrió, ocurrió y yo no tengo nada más que decir excepto que, desde que no te veo, me paso el día soñando con hacerte el amor. Ya sé que dijimos que nuestra relación no iba a ir en serio, pero... en cualquier caso, me voy de San Antonio dentro de poco.

Carina sintió un profundo dolor en el pecho. Desde el principio había sabido que nada serio iba a surgir de aquella relación. Entonces, ¿por qué le dolía tanto saber que Jude se iba a ir?

—¿Adónde te vas?

Jude no contestó.

—¿Jude?

—Todavía no lo sé. Pasaré un tiempo con mi familia y, luego, creo que voy a ir a ver a un compañero del ejército al que hace mucho tiempo que no veo.

—Ya.

—Tú te vas a Nueva York en breve también.

—Sí.

—Lo cierto es que me muero por volver a verte. Me gusta estar contigo y, dado que los dos nos vamos a ir dentro de unas semanas, ¿qué te parece si nos seguimos viendo hasta entonces?

—Te recuerdo que no fui yo la que se fue el lunes por la mañana.

—Sí, tienes razón, supongo que fui un cobarde por no despedirme.

—Hubiera sido más educado por tu parte.

—Lo siento.

—Disculpa aceptada —sonrió Carina.

—Gracias. ¿Te apetece que quedemos hoy para comer o algo?

—Me pregunto qué significa ese «o algo».

Aquello hizo reír a Jude.

—Estoy intentando ser educado, para que luego digas.

—Anda, vente a mi casa y ya veremos qué es lo que nos apetece hacer —propuso Carina.

Ahora mismo voy —contestó Jude colgando el teléfono.

Carina se dijo que, tal vez, se estaba comportando de manera equivocada porque lo mejor sería no volver a verlo.

La noche que había pasado con él le había enseñado cuán equivocada estaba respecto al sexo y era muy vulnerable con aquel hombre.

Con Danny la relación había sido completamente diferente porque, sobre todo, eran amigos.

Nunca había habido entre ellos una atracción sexual.

Ahora entendía que Danny hubiera sentido aquello por otra

mujer y lo perdonaba.

Pero con Jude las cosas funcionaban de otra manera porque era un hombre que la excitaba constantemente. Todo en él, todo lo que hacía o decía le resultaba sensual, desde su voz, a su risa y, por supuesto, a las palabras que le susurraba al oído mientras hacían el amor.

Por supuesto, no le había dicho que la amaba y Carina le agradecía su sinceridad. Desde el principio, había sido sincero con ella y, por eso, Carina confiaba en él, sabía que Jude jamás le haría daño adrede y aquello la reconfortaba.

Sí, quería seguir viéndolo hasta que abandonara San Antonio, quería tener recuerdos de él.

Aunque sabía que su relación no terminaría en el altar y que jamás olvidaría a Jude Crenshaw, podría mirar atrás con el tiempo y recordarla con alegría.

Al poco rato, Jude llamó a la puerta y Carina lo invitó a entrar.

—Prefiero no hacerlo —contestó Jude apoyándose en la puerta —. ¿Te apetece que comamos por ahí? Hay un sitio genial junto al río y había pensado que luego podríamos ir a la feria de Fiesta Texas y a bailar esta noche.

—Vaya, lo tienes todo planeado, ¿eh? Todos los sitios que has mencionado son públicos.

Interesante.

Jude sonrió.

—Sí, los he elegido adrede para ver si, así, soy capaz de no ponerte la mano encima.

Aquello hizo reír a Carina.

—Te va a resultar un poco difícil si vamos a ir a bailar.

—Ya sabes a lo que me refiero.

—Espera un momento, que voy por mi bolso. ¿Seguro que no quieres pasar?

—Yo no he dicho que no quiera pasar, pero es que mi fuerza de voluntad está un poco debilitada últimamente...

—Creo que ése es el cumplido más increíble que me han hecho en la vida. Me hace sentir absolutamente irresistible —contestó Carina colgándose el bolso del hombro.

—¿Dónde estabas anoche?

Carina se giró y lo miró sorprendida.

—Me pasé por aquí cuando volví y no estabas —le explicó Jude mientras Carina cerraba la puerta de casa.

—¿Ah, no?

—No.

—Obviamente, había salido.

—Obviamente.

—¿Desde cuándo mi vida privada es asunto tuyo?

—Perdón —murmuró Jude—. Es que te he echado mucho de menos... espero que te lo pasaras bien.

—Sí, me lo pasé fenomenal.

—Mmm.

Aquello hizo reír a Carina.

—Jude, no te cansas de decir que nuestra relación no es seria y ahora te pones celoso.

—Sí, es que estoy confuso y no sé lo que siento. Por favor, te pido que me pongas en mi sitio si me paso de la raya.

—¿A qué restaurante vamos? —le preguntó Carina una vez en el coche.

—A uno que hace una comida cajún de muerte —contestó Jude —. También tienen unas margaritas increíbles —sonrió con picardía.

Efectivamente, el restaurante resultó maravilloso. Después de comer, se dirigieron a Fiesta Texas, una feria muy divertida en la que montaron en unas cuantas atracciones.

—Madre mía, qué cansada estoy —comentó Carina cuando se montó en el coche de Jude a última hora de la tarde—. ¿Te importa que dejemos lo de ir a bailar para otra noche? —propuso.

—Por supuesto que no.

—Me lo he pasado fenomenal, pero esto de venir a la feria como una chiquilla pasa factura y estoy cansada. Te propongo que vayamos a casa y preparemos una cena ligera.

—Me parece una idea genial porque yo también estoy cansado —contestó Jude—. La verdad es que estoy de polvo hasta arriba y me gustaría ducharme. ¿Qué te parece si nos duchamos juntos para ahorrar agua?

Aquello hizo que Carina estallara en carcajadas.

—No sabía que fueras tan ecologista —contestó pensando que era una idea maravillosa.

Jude salió de casa de Carina alrededor de medianoche y, en aquella ocasión, se despidió debidamente con un beso.

Al llegar a su casa, buscó a John, pero el agente no estaba, así que Jude se fue a la cama y, por primera vez desde el fin de semana, durmió plácidamente.

El teléfono lo despertó a las seis de la mañana.

—Crenshaw.

—Estamos en el aeropuerto —contestó Hal—. ¿Puedes venir a buscarnos?

—Ahora mismo.

Cuando Jude llegó al aeropuerto, Hal y Ruth lo estaban esperando en la puerta.

—¿Por qué no me llamasteis ayer para decirme que veníais? No tendríais que haber esperado.

—No tuvimos tiempo —le explicó Ruth—. Los hermanos Patterson se fueron de repente y tuvimos suerte de conseguir vuelo.

—¿Ha merecido la pena el viaje?

—Sí, definitivamente —sonrió Hal—. Hemos descubierto que el cargamento llegará mañana de madrugada. Ayer por la noche salió en camión de México. Supuestamente son muebles antiguos procedentes de Portugal.

—Ya los tenemos —sentenció Jude.

Jude esperó a después de comer para llamar a Carina.

—¿Qué tal has dormido? —le preguntó cuando contestó el teléfono.

—La verdad es que mucho mejor desde que tú te fuiste —contestó ella chasqueando la lengua.

—No me sorprende porque tengo la manía de adueñarme de las sábanas.

—Sí, ya me he dado cuenta. ¿Qué tal estás?

—Muy bien —contestó Jude sinceramente—. ¿Te apetece salir a bailar?

—Claro que sí.

—Tengo cosas que hacer, pero puedo pasar a buscarte, más o menos, a las ocho. La orquesta no empieza a tocar hasta las nueve, así que nos da tiempo de sobra. ¿Te parece bien?

—Perfecto. Luego nos vemos —contestó Carina colgando el teléfono y sonriendo encantada.

Estaba dispuesta a disfrutar de todos y cada uno de los momentos que pasara en compañía de Jude.

Sin expectativas.

Cuando un rato después sonó el teléfono, contestó creyendo que iba a ser él de nuevo, pero resultó ser su cuñada Marisa.

—¿Qué tal estás? —le preguntó.

—Al ha vuelto.

—Eso es bueno o malo?

—Parece preocupado. Ni siquiera se da cuenta de mi presencia. Me parece que me voy a ir a Dallas a casa de mi madre porque ni los niños ni yo nos merecemos que nos ignore así.

—¿Al final contrataste a un detective privado?

—Para qué? Lo cierto es que no me importa lo que haga con su tiempo. Me he dado cuenta de que es obvio que no quiere pasarlo con nosotros.

—Oh, Marisa, no te puedes imaginar cuánto lo siento.

—Yo, también. En cualquier caso, aunque me separe de tu hermano, tú y yo seguiremos siendo amigas.

—Por supuesto.

—Te voy a dar el teléfono de casa de mi madre. Por favor, no les comentes nada a tus padres.

—Claro que no. Nunca he hablado de nada de esto con nadie. Es tu vida y la respeto.

—Gracias. Cuídate —se despidió su amiga colgando el teléfono.

Carina quería mucho a su hermano Al, pero se daba cuenta de que ni él ni Benito merecían los pedestales en los que los había situado cuando era niña.

Carina se dijo que era una bendición que su relación con Jude estuviera tan claramente definida. Siempre tendría su música y sus maravillosos recuerdos y no el corazón roto.

—De nuevo aquí un viernes por la noche —comentó Carina mientras aparcaban frente a la discoteca de música country—. ¡Vaya, se me han olvidados los tapones de los oídos!

—A mí, no —bromeó Jude.

Ambos se rieron.

Una vez dentro del local, bailaron durante un buen rato, hasta que, exhaustos y acalorados, se dirigieron a la barra a beber algo. En aquella ocasión, Carina eligió un refresco.

—Vaya, y yo que tenía la esperanza de volver a tener el privilegio de arroparte —comentó Jude.

—No, de eso nada. La próxima vez que entres en mi dormitorio, quiero estar bien consciente

—contestó Carina.

Aquello hizo que Jude se atragantara con la cerveza.

—Siempre me sorprendes con tus contestaciones —sonrió.

—Mejor —sonrió Carina.

Aquella noche, Jude le hizo el amor varias veces y lo hizo de manera lenta, pausada y tierna, así que, cuando por fin se adentró en su cuerpo, Carina ya estaba perdida en un universo de placer que no quería abandonar.

Jude esperó a que llegara al orgasmo y, a continuación, la sentó encima de él sin salir de su cuerpo, le colocó las rodillas a los lados de su cuerpo y la dejó que marcara el ritmo.

Mientras lo montaba como una amazona, Carina sintió el poder y el control. Cuando Jude ya no pudo soportar más, la agarró de las caderas y comenzó a moverla cada vez más deprisa hasta que, juntos, alcanzaron el éxtasis.

—¿Por qué no te quedas a dormir? —le propuso Carina.

—Otro día. Hoy, no puedo —contestó Jude vistiéndose—. Me encantaría verte esta noche, pero te advierto que tengo cosas que hacer y llegaré bastante tarde.

—Es igual, quiero verter. ¿Tienes otra cita?

—No, nada de eso —contestó Jude sinceramente—. Es algo complicado de explicar, pero te prometo que te lo contaré en cuanto haya terminado —añadió besándola y saliendo de su habitación.

Capítulo 10

Al día siguiente, todos los agentes vigilaban el almacén de los Patterson. Hal había estado dentro tantas veces que se lo sabía de memoria.

Querían estar dentro antes de que llegara el cargamento, así que estaban los cuatro en una furgoneta alquilada, esperando a que los trabajadores se fueran. Media hora después, los dos hermanos salieron y se fueron también.

—Hal, tú eres el que mejor conoce el edificio, así que vas a ser el primero en entrar —le indicó Jude—. Si te encuentras con alguien, le cuentas que eres un vagabundo y sales de ahí a toda velocidad.

Hal se puso sobre sus ropas unas que estaban sucias. Se había dejado crecer el pelo y llevaba varios días sin afeitarse para parecer de verdad un vagabundo.

Veinte minutos después, Hal indicó a sus compañeros que el almacén estaba vacío y que podían entrar sin problema. Una vez dentro, buscaron un lugar donde esconderse hasta que llegara el camión.

Iba a ser una noche muy larga. Esperar era siempre la peor parte porque había que combatir la adrenalina y el miedo.

Jude se apoyó en la pared, frente al muelle en el que se desembarcaban las mercancías, cerró los ojos, dejó la mente en blanco y esperó.

—¡Benito, creía que no ibas a venir! —resonó la voz de Al por el almacén vacío.

—Sí, me he metido en la cama y todo, pero estaba tan nervioso que no me podía dormir, así que he preferido venir a esperar contigo.

Jude y sus tres agentes escuchaban atentamente.

—El conductor me ha llamado cuando ha pasado la frontera. Debe estar a punto de llegar —le indicó su hermano consultando el reloj.

Jude oyó el motor de un tráiler y les indicó a sus agentes que esperaran. Juntos vieron cómo los hermanos y el conductor descargaban el camión. Tal y como había dicho Hal, se trataba de muebles.

Tras pagar al conductor y una vez a solas, los hermanos Patterson, comenzaron a sacar bolsas de cocaína de los muebles.

Jude esperó a que llenaran una bolsa entera y a que Al la tomara con intención de irse para abandonar su escondite y avanzar hacia ellos.

—¿Qué tal, chicos?

Ben se quedó mirándolo como si hubiera visto a un fantasma mientras su hermano se giraba sorprendido.

—¿Qué demonios haces aquí?

—Lo mismo que tú —contestó Jude apuntándolo con su pistola y mostrándole su placa.

—¿Eres de la Agencia de Seguridad Nacional?

Jude hizo una señal a sus compañeros para que salieran. Ruth les leyó sus derechos a los detenidos mientras John y Hal los esposaban.

A continuación, los metieron en la furgoneta y los llevaron al edificio de la policía federal. Al llegar y, dado que nadie de la oficina local sabía que estaban investigando a los hermanos Patterson, todo el mundo los miró incrédulos.

Al salir, eran las dos de la madrugada, pero Jude se dirigió a casa de Carina de todas formas.

Carina se había quedado dormida en el sofá esperando a Jude y se despertó al oír que estaban llamando a la puerta.

—Soy yo —le dijo Jude.

Carina abrió la puerta y se quedó extrañada al ver que Jude estaba cansado y muy serio.

—Qué te pasa? No tienes buen aspecto.

—¿Me haces un café? Mientras me lo tomo, te lo explicaré todo.

Carina se dirigió a la cocina y Jude la siguió. Una vez allí, se quitó el abrigo y Carina comprobó que llevaba puesto un chaleco antibalas.

—¿Y eso? —se sorprendió.

Jude se sacó la cartera del bolsillo y la dejó sobre la mesa.

—¿Trabajas para la agencia de Seguridad Nacional? —exclamó Carina.

Jude asintió.

—No te lo he podido decir antes.

—¿Por que estabas trabajando en un caso?

—Exacto. Hemos terminado esta noche.

—¿Hemos?

—Mis tres agentes y yo.

Ah —murmuró Carina sirviendo dos tazas de café—. Vaya, no sé qué decir.

—No hace falta que digas nada. Lo que quiero es que me escuches.

—Te escucho.

—Esta operación no es de la Agencia de Seguridad Nacional sino del Departamento de Lucha Antidroga —le explicó Jude tomando su café—. Sabíamos que iba a llegar un cargamento de cocaína desde México a San Antonio y teníamos que interceptarlo.

—Madre mía... Eso es horrible... ¿Qué clase de personas juegan así con la vida de los demás?

¿No se dan cuenta de que jugar con la droga puede destruir la vida de muchos adolescentes? —se lamentó Carina.

—Lo hacen por dinero —contestó Jude—. Las cantidades que se mueven en el negocio del narcotráfico son increíbles, uno puede hacerse rico de la noche a la mañana y eso es una gran tentación. Uno de los agentes que estaba trabajando en el caso fue asesinado el año pasado y creemos que fue porque descubrió cómo estaban metiendo la droga en el país.

—Bueno, ahora ya lo habéis descubierto —dijo Carina besándolo.

—Hay algo más que quiero que sepas —añadió Jude—. No había ninguna mujer con tu prometido la noche en la que murió.

Aquello hubiera sido lo último que Carina habría dicho que Jude le iba a decir. ¿Danny viajaba solo? Entonces, ¿por qué sus hermanos le habían dicho que...?

—Creemos que había descubierto quién estaba metiendo la droga y lo mataron.

Carina sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas.

—Así que no me estaba engañando...

—No, claro que no.

—¿Sabes quién lo mato?

—Sí —contestó Jude tomándola de la mano.

Carina estaba fría, se había quedado pálida y temblaba de pies a cabeza.

—Anda, vamos a la cama —le dijo Jude.

—No sé qué me pasa, pero no me encuentro bien —contestó Carina yendo hacia el dormitorio apoyada en Jude.

—Acabas de recibir una noticia impactante y te has quedado conmocionada —le explicó Jude abrazándola.

Carina se sentó en la cama. Jude se sentó a su lado, le pasó el brazo por los hombros y la apretó contra su cuerpo.

—Te agradezco mucho que me hayas contado lo de Danny —suspiró Carina al cabo de un rato—. Lo que no entiendo es por qué me han mentido mis hermanos. En cuanto amanezca, voy a ir a casa de Al a pedirle explicaciones.

—No hace falta, Carina. Yo te lo puedo contar. Hemos arrestado a tus hermanos hace unas horas y están en el calabozo. Los descubrimos con un cargamento de cocaína de México. Las pruebas son irrefutables.

—¿Mis hermanos? —exclamó Carina mirándolo anonadada—. ¿Has arrestado a mis hermanos?

Jude asintió.

Carina se puso en pie.

—¿Por narcotráfico? ¿Estás de broma? Mis hermanos son incapaces de… Quiero decir, no me creo que… —dijo sentándose de nuevo como una marioneta a la que le hubieran cortado los hilos

—. ¿Tú los has visto con la droga?

—Sí.

—¿Sabíais en lo que estaban metidos?

—Lo sospechábamos, pero no teníamos pruebas contra ellos.

—Y tú viniste a San Antonio a encontrarlas. Tu único objetivo al trasladarte a esta ciudad era detener a mis hermanos.

Jude esperó.

—¿Por eso decidiste salir conmigo? —le espetó Carina con mucha calma—. Estabas intentando conseguir pruebas contra mi familia fingiendo que estabas interesado en mí.

—No he fingido nada. Me he sentido fascinado por ti desde que te conocí —contestó Jude sinceramente—. Me habría gustado conocerte de todas formas, te lo aseguro.

—No me habrías pedido salir si no me hubiera apellidado Patterson, ¿verdad?

—No te voy a mentir, Carina.

—¿De verdad que no? —se burló Carina—. Me parece que será mejor que te vayas —añadió consultando el reloj—. Me voy a casa de mis padres para prepararles para lo que se les viene encima —añadió mordiéndose el labio inferior para no dar rienda suelta al llanto—. Sara está embarazada. Dios mío, ¿qué va a ser de Beth y de ella? —se lamentó—. ¿Y Marisa y los niños?

Jude se levantó y fue hacia ella.

—Por favor, no me toques.

—Todo lo que ha habido entre nosotros ha sido de verdad, Carina —le aseguró Jude—. Es cierto que tenía órdenes de establecer contacto contigo. Quiero que sepas que, al principio, erais todos sospechosos, toda la familia.

—Eso lo explica todo, ¿no? Necesitabas un pretexto para entrar en mi casa, claro. ¿La has registrado? ¿Cuándo? ¿El lunes por la mañana mientras yo dormía?

—No, cuando hicimos el amor por primera vez yo ya sabía que tú no tenías nada que ver con las actividades delictivas de tus hermanos.

—Muy cortés por tu parte —se burló Carina—. —Te importaría irte? Por favor, si me respetas lo más mínimo, no me vuelvas a llamar.

—Te aseguro que lo que siento por ti es real, Carina —se desesperó Jude—. No tendría que haber sucedido, pero no lo he podido controlar. El otro día, cuando fui a ver a mi familia, al ver a mi sobrino recién nacido, pensé en ti y en lo que podría haber entre nosotros si...

—Entre nosotros no puede haber nada, Jude. Por favor, márchate.

Jude se quedó mirándola intensamente y, al cabo de unos segundos, se giró y se fue.

Capítulo 11

Tres días después, los cuatro agentes esperaban un taxi en la puerta de la casa alquilada que habían compartido durante varios meses.

Hal, John y Ruth se iban al aeropuerto y Jude les estaba haciendo compañía mientras llegaba el taxi.

—Ha sido un placer trabajar con vosotros, chicos —les dijo sinceramente—. Hemos formado un buen equipo.

—Yo también he estado muy a gusto, pero me alegro de librarme del calor que hace aquí —

contestó Ruth.

—¿Vas a reanudar las vacaciones que dejaste interrumpidas? —le preguntó John a Jude.

—Voy a ir a casa de mis padres a pasar unos días y puede que me vaya a Maryland a ver si me han guardado mi antiguo puesto de trabajo —sonrió Jude—. De no ser así, me buscaré otro.

—De ser así, ya sabes adónde ir —intervino Hal—. Sam te contrataría encantado.

—Me ha dicho que Davies y Sullivan lo han soltado todo para negociar una sentencia más leve. ¿Han dicho si saben algo de cómo mataron a vuestro compañero?

—No, de momento parece que de eso no saben nada, pero a lo mejor sale algo nuevo durante el juicio —contestó John.

—Cuando se celebre el juicio, llamadme —dijo Jude.

—No te preocupes, te enteraras porque, probablemente, te tocará volver por aquí a testificar

—contestó Hal.

—Aquí llega el taxi —anunció Ruth—. Cuídate, Jude.

—Lo mismo digo —se despidió Jude montándose en su coche.

Tras esperar a que sus compañeros cargaran el equipaje en el maletero del taxi y se subieran al vehículo, puso su coche en marcha y se alejó de aquella ciudad.

Mientras conducía por las carreteras que había llegado a conocer tan bien y que tanto le había gustado recorrer, no pudo dejar de recordar una y otra vez lo que había ocurrido los últimos días y por enésima vez se preguntó si podría haber hecho o dicho algo que

hubiera ayudado a Carina a sobrellevar la situación.

Su reacción no lo había sorprendido pues era lo que él esperaba. Jude siempre había tenido claro que cuando Carina se enterara de que estaba investigando un caso en el que estaba involucrada su familia no le iba a hacer ninguna gracia, pero también quería que tuviera claro que lo que había' surgido entre ellos había ido mucho más allá de lo que le habían asignado en el caso.

Jude no sabía si le había creído cuando así se lo había asegurado, pero, en cualquier caso, Carina le había dicho que no quería volverlo a ver.

El problema era que Jude la echaba tremendamente de menos. Lo cierto era que se moría por volver a verla y la perspectiva de no volver a oír su voz lo volvía loco.

«El tiempo todo lo cura», se dijo.

Una vez en el rancho familiar, Jude pasó de largo ante lá casa de Jake y Ashley y fue directamente a la de sus padres. Al bajar del coche, los perros de casa de su padre corrieron hacia él en busca de caricias.

—Venga, Blue —dijo Joe—. Ya está bien. Benji, Buster, venid aquí. No sabía que llegabas hoy.

—Dónde está mamá?

—Supongo que en casa de Jake con Joey —contestó su padre—. Tenía que hacer recados, pero supongo que habrá parado a verlos un rato.

—He pasado por allí y no estaba su coche, así que supongo que andará por el pueblo.

—No creo que tarde en volver. ¿Te apetece que nos sentemos en el porche un rato? ¿Quieres beber algo?

—¿Tienes cerveza?

—Creo que sí. Voy a ver.

Jude salió al porche, se sentó en una mecedora, apoyó los pies en la barandilla y se quedó mirando la maravillosa panorámica de las colinas.

Aquello le recordó su primera cita con Carina, cuando habían visto atardecer juntos.

Habían ocurrido tantas cosas desde entonces que le costaba aceptar que solamente hubieran pasado un par de semanas.

—Aquí tienes —le dijo su padre entregándole una botella de

cerveza—. ¿Te vas a poder quedar unos cuantos días?

—Bueno, unos cuantos días, sí, pero luego tendré que volver a Fort Meade porque la operación de San Antonio todavía no está cerrada por completo.

—Pareces cansado.

—No he dormido mucho últimamente.

—Si tuvieras perro, te preguntaría si se te ha muerto.

Jude dio un trago a la cerveza y asintió.

—¿Quieres que hablemos? —le preguntó su padre.

Jude se encogió de hombros.

—No hay mucho que contar. He conocido a una mujer mientras estaba en la misión de San Antonio. He pasado dos semanas con ella y la verdad es que han sido las dos mejores semanas de mi vida. Todo terminó el sábado por la noche cuando tuve que detener a sus dos hermanos por narcotráfico.

Su padre lo miró estupefacto.

—¿Sabías que estaba metida en un lío de narcotráfico cuando la conociste?

—Sí, por eso precisamente tenía que conocerla. La idea era obtener información, pero, al final, no he obtenido nada relevante de ella, toda la información que hemos conseguido ha venido por otras fuentes. Al final, nos dimos cuenta de que no había razón para involucrarla.

—Vaya, supongo que no le haría ninguna gracia que la engañaras y la utilizaras.

—No, ninguna.

—¿Sabía ella lo que estaban haciendo sus hermanos?

—No. Al principio, nosotros no sabíamos si estaba involucrada o no, así que por eso se decidió que yo saliera con ella.

—Veo que, entonces, era de imperiosa necesidad que salieras con ella, era parte de la operación.

—Sí, ojalá eso me hiciera sentir mejor.

—Por lo que dices, te has enamorado de verdad.

—No sé lo que siento por ella. Lo único que sé es que le he hecho daño y no me hace ninguna gracia.

—Hijo, tú te has limitado a cumplir órdenes.

—Bueno, espero que, cuando vuelva a trabajar, me olvide de ella.

—¿Y por qué no te vas vacaciones?

—Me he tomado ahora unos días, pero voy a tener que testificar en el juicio, así que no merece la pena. En cualquier caso, te diré cuándo me toca volver por aquí para que puedas organizar una barbacoa —sonrió Jude mirando a su padre.

—Buena idea.

—Mientras tanto, me voy a quedar unos días con vosotros disfrutando de la comida de mamá hasta que me echéis y, entonces, me iré un par de días más a casa de Jake para que me ponga a hacer todo tipo de tareas y no olvidar por qué no me gusta la vida del rancho —bromeó—. ¿Has hablado con Jared?

—Sí, el fin de semana pasado. Lo voy a llamar para decirle que estás por aquí a ver si Lindsey y él se pasan un ratito.

—¿Qué tal lleva lo de estar en oficina? ¿No echa de menos estar viajando?

—Supongo que se estará acostumbrando lo mejor que pueda. En cualquier caso, supongo que echaría más de menos a su mujer, así que…

—Es increíble que me haya pasado los últimos seis meses tan cerca de aquí y no haya podido venir más a menudo a veros —se lamentó Jude.

—No pasa nada, hijo, ya sabes que nosotros comprendemos que tu trabajo no tiene horario.

—Gracias, papá. Qué bien se está en casa.

Carina terminó de ensayar, recogió las partituras y salió del conservatorio en dirección al metro. Habían entrado ya en el mes de octubre y hacía una temperatura maravillosa.

No había querido volver a Nueva York después de las detenciones de sus hermanos, pero sus padres habían insistido para que lo hiciera diciéndole que nada de aquello tenía nada que ver con ella y que ya había pospuesto sus estudios musicales durante mucho tiempo.

A la semana siguiente de las detenciones, Carina había dejado su piso y se había ido a vivir con sus padres y ahora compartía piso en Nueva York con otros dos estudiantes.

Cualquier cosa con tal de no volver a su casa, aquel piso que tanto le recordaba a Jude.

Su padre le había insistido para que no volviera a San Antonio

cuando se había celebrado el juicio, pero sabía por Marisa que Jude había ido a testificar y que parecía muy cansado.

Su amiga, que se había divorciado de su hermano, le había preguntado por qué estaba tan enfadada con Jude Crenshaw cuando los que eran unos narcotraficantes eran sus hermanos, por qué le echaba las culpas a Jude de los delitos que habían cometido ellos.

Aquella pregunta llevaba varias semanas dándole vueltas en la cabeza. Era cierto que sus hermanos eran unos delincuentes y que Jude no tenía la culpa de eso, en eso Marisa tenía razón, pero lo que le costaba aceptar era que Jude hubiera fingido estar interesado en ella.

Cada vez que recordaba que se había abalanzado a su yugular cuando él había mostrado rechazo a la hora de hacerle el amor, se moría de vergüenza.

Lo cierto era que se alegraba de no tener que volverlo a ver.

Justo en ese momento, cuando estaba entrando en el metro, le pareció ver a un hombre que se parecía a él.

«Imposible, Jude estará trabajando en Washington», se dijo.

Una vez en el vagón, Carina se dijo que era increíble lo que le estaba costando quitarse a aquel hombre de la cabeza. Solamente había estado con él un par de semanas y de aquello ya hacía tres meses y, aun así, seguía pensando en él.

Carina se bajó en su parada con el firme propósito de decirle a Gloria, una de sus compañeras de piso, que aceptaba la invitación para salir que le había hecho uno de los amigos de su novio.

—No sé qué te pasaría en Texas, pero, desde que volviste, estás de un humor de perros —le comentó un compañero a Jude.

Jude sabía que era cierto, así que no contestó y, en cuanto su compañero hubo salido de su despacho, terminó el informe que estaba haciendo, recogió sus cosas y se fue a casa.

Llevaba varios meses de muy mal humor y había llegado el momento de enfrentarse a la situación.

No podía olvidarse de Carina, soñaba con ella día y noche e incluso le parecía oír su voz. Y, lo que era peor, había ido a un concierto de música clásica la semana pasada y se estaba planteando seriamente sacar un abono para la nueva temporada.

¿Y qué podía hacer para quitársela de la cabeza? Había pensado en salir con otras mujeres, pero no le apetecía.

¿Qué podía hacer?

Capítulo 12

Carina llevaba un buen rato ensayando y el tiempo no le estaba cundiendo porque seguía cometiendo errores a pesar de que llevaba varios minutos con los mismos acordes, así que recogió sus cosas y se fue a casa.

Era viernes, cuatro de noviembre, y el frío invierno se hacía notar, así que Carina se abrochó bien el abrigo, se puso la capucha y caminó hacia el metro.

—¡Carina!

Carina se giró y se quedó helada al ver que, en aquella ocasión, era Jude Crenshaw de verdad.

Aquello era lo último que necesitaba, pero tomó aire decidida a mantener la compostura.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó.

Jude se quedó mirándola con intensidad y Carina se preguntó si siempre había tenido los ojos tan azules. También se fijó en que ya no tenía la piel bronceada y en que parecía más delgado de lo que lo recordaba.

—¿Te importaría que tomaremos un café? Necesito hablar contigo.

—Hay una cafetería en la próxima manzana —contestó Carina.

—Estupendo —sonrió Jude—. Ya no puedo más con este viento.

—Llevabas mucho tiempo esperándome?

—Un ratito, sí.

La última clase había durado dos horas y Carina se preguntó si Jude llevaría todo aquel rato esperándola.

No hablaron hasta que estuvieron sentados y hubieran pedido café.

—¿Tienes hambre? —le preguntó Jude.

—Un poco —contestó Carina encogiéndose de hombros.

—Entonces, si te apetece, cuando vuelva el camarero con los cafés le pedimos algo de comer

—propuso Jude.

Carina se supo perdida porque, a pesar de todo lo que había ocurrido, se alegraba de verlo.

Debía de estar loca.

—Te veo muy bien —comentó Jude.
—No estoy mal —contestó Carina.
En aquel momento, llegó el camarero y pidieron algo de comer.
—¿Y qué haces aquí? —le preguntó Carina una vez a solas.
—Quería verte.
—Ah.
—Carina, sé que te he hecho mucho daño...
—No, por favor, no quiero hablar del pasado. Eso quedó atrás.
—Me alegro de que lo digas porque quiero que empecemos de nuevo. En estos últimos meses he descubierto algo que quiero contarte —dijo Jude dando un trago de agua y eligiendo cuidadosamente las palabras.

Carina se dio cuenta de que estaba aguantando la respiración, de que sentía una inmensa curiosidad por saber qué era lo que Jude tenía que decirle, aquello tan importante que le había hecho ir hasta Nueva York.

—Estoy enamorado de ti —declaró Jude—. No sé desde cuándo. No sé si fue cuando salimos a bailar o desde la primera vez que te vi, en aquel concierto benéfico al que acudiste con un precioso vestido rojo del que jamás me olvidaré, pero no puedo dejar de pensar en ti. Sueño contigo. No me puedo concentrar en el trabajo. Mis compañeros han amenazado con lincharme porque estoy insoportable —añadió—. Esto no tiene nadaa que ver con el caso en el que estaba trabajando cuando te conocí. Quiero que nos olvidemos de las razones por las que nos conocimos y que recordemos lo bien que lo hemos pasado juntos. Es la primera vez que confieso mis sentimientos de esta manera, pero necesitaba que lo supieras.

Carina sentía que el corazón le latía aceleradamente.

Desde luego, oírle decir que estaba enamorado de ella la había dejado sin palabras.

—No digas nada, sólo quiero que consideres lo que te acabo de decir. Si tú crees que hay alguna posibilidad de que iniciemos una relación, yo estoy dispuesto.

En aquel momento, llegó la comida y Carina se quedó mirando — el sándwich que había pedido. Se le había quitado el apetito. Jude, por el contrario, estaba comiendo como si hiciera semanas que no probaba bocado.

Carina se preguntó si podría fiarse de él. No quería amarlo. No quería que formara parte de su vida. No confiaba en él y no quería volver a sentirse vulnerable.

Cuando levantó la mirada hacia él, lo hizo con lágrimas en los ojos.

—Perdona, no era mi intención hacerte llorar —se disculpó Jude probando el café.

Carina se mordió el labio inferior.

—Te agradezco mucho que hayas venido hasta aquí para hablar conmigo, pero... no creo que sea muy buena idea que intentemos reanudar la relación como si no hubiera ocurrido nada.

—Te entiendo perfectamente y por eso lo quee te propongo es un comienzo completamente nuevo. ¿Qué te parece si hiciéramos como que nos hemos conocido hoy? Podríamos hacer como que nos ha presentado un amigo común. No nos veríamos mucho, pero podríamos hablar por teléfono y comunicarnos por correo electrónico.

Jude, no te conozco de nada...

—Eso tiene fácil arreglo. Ven a pasar unos días en Navidad al rancho de mi familia. En un par de días te pondrán al tanto de todos mis momentos estelares en la vida —contestó Jude acariciándole la mano—. Lo único que te estoy pidiendo es que me des una oportunidad.

—Sí, pero... no sé... —contestó Carina indicándole al camarero que le metiera el sándwich en una bolsa para llevar—. Mira, Jude, lo pasé muy mal con lo que sucedió en verano y no quiero repetir.

—Lo entiendo. Lo que te propongo es que vayamos poco a poco, que me dejes que te llame de vez en cuando y que te mande un correo.

Carina garabateó su número de teléfono y su dirección de correo electrónico en un papel, recogió el sándwich y se puso en pie.

—Gracias por la cena —se despidió.

Jude se puso en pie.

—Estaremos en contacto.

Carina asintió y salió de la cafetería a toda velocidad. Una vez fuera, miró hacia atrás y vio a Jude comiendo tranquilamente, como si todo en su vida fuera normal.

Ojalá ella se sintiera igual.

Jude llamó a Carina el domingo anterior al Día de Acción de Gracias.

—¿Qué tal estás? —le preguntó cuando ella contestó el teléfono.

—Bien.

—Parece que tienes la voz un poco tomada.

—No...

—¿Seguro?

—Bueno, a lo mejor, me he resfriado un poco.

—¿Vas a ir a casa para pasar el Día de Acción de Gracias?

—No, voy a ir cuando termine este semestre, dentro de unas semanas.

—Yo tampoco voy a ir. ¿Qué te parece si me voy a Nueva York a pasar el fin de semana? Por supuesto, me iré a un hotel. Me gustaría pasar unos días contigo.

Lo cierto era que a Carina le había encantado recibir sus correos electrónicos porque Jude tenía un sentido del humor maravilloso que la hacía reír, algo que últimamente no ocurría con facilidad en su vida.

Enterarse de que sus hermanos habían estado utilizando la empresa familiar para dedicarse al narcotráfico no era un golpe fácil de encajar.

—Me parece bien —contestó—. ¿Cuándo tienes previsto llegar?

—El miércoles por la tarde. Te llamaré en cuanto llegue al hotel. A lo mejor te apetece ir a ver algún espectáculo a Broadway.

—¿Cómo? ¿Es que no me vas a llevar al ballet? —bromeó Carina.

—Estoy dispuesto a llevarte siempre y cuando mis ronquidos no te molesten.

—Haré un esfuerzo.

—Muy bien. Entonces, nos vemos dentro de unos días —se despidió Jude, colgando el teléfono.

Desde que se habían vuelto a ver, Jude se había comportado como si nunca le hubiera mencionado que estaba enamorado de ella. Sus mensajes habían sido casuales, como de amigos, no la estaba agobiando en absoluto, pero Carina temía que estar varios días con él sin hacer el amor iba ser imposible.

Capítulo 13

Jude dejó su equipaje en el hotel Marriott de Manhattan el miércoles poco después de las cuatro de la tarde.

Llevaba toda la semana trabajando sin parar para no pensar en aquel fin de semana, pero la última noche había dormido poco porque no había podido dejar de pensar y de recordar en cómo era hacer el amor con Carina.

No debería haberle dicho que estaba enamorado de ella. Había sido un gran error. Carina no había contestado y Jude se había sentido como un tonto.

Él era feliz completamente solo antes de conocerla, pero ahora se encontraba con que, cada vez que salía y se fijaba en un escaparate, se preguntaba si a Carina le gustarían éstos o aquellos muebles o si le apetecería haber visto determinada película.

Aquello era de idiotas.

Jude se planteó llamar a su hermano Jake para contarle lo que le estaba sucediendo y preguntarle si a él le había pasado lo mismo con Ashley, pero no lo hizo porque no tenía ganas de que su hermano le tomara el pelo.

—¿Dónde estás? —le preguntó Carina cuando la llamó.

—En el hotel —contestó Jude—. ¿Te parece que salgamos a cenar esta noche?

—Claro que sí. ¿A qué hora?

—Si te viene bien, te paso a buscar a las siete.

—Muy bien —contestó Carina—. Estoy encantada de que hayas venido a verme durante unos días —añadió a toda velocidad—. Hasta luego.

Jude colgó el teléfono y sonrió encantado. Aquella Carina le recordaba a la Carina que había conocido. Ojalá el fin de semana sirviera para establecer entre ellos una relación más próxima.

Jude reservó una mesa en un bonito local y fue a ducharse y a afeitarse. Se sentía como en su primera cita del colegio.

Cuando salió a la calle, decidió tomar un taxi en vez de conducir y, una vez frente al edificio donde vivía Carina, le indicó al taxista que los esperara.

—Ya bajo —dijo Carina cuando la llamó por el telefonillo.

Cuando abrió la puerta del portal unos segundos después, Jude se fijó en que iba vestida de rojo. A lo mejor, recordaba lo que le había dicho sobre la primera vez que la había visto.

¡Pues claro que lo recordaría! Eso quería decir que se había vestido para gustarle. ¡Había esperanzas!

—Hola —lo saludó Carina.

Una vez en el taxi, Jude le dio la dirección del restaurante al taxista y se giró hacia Carina.

—¿Qué tal te van las cosas?

—Fenomenal. ¿Y a ti?

Carina le contó cosas de sus clases y Jude escuchó con interés y, durante la cena, Jude le preguntó todo tipo de preguntas de su infancia y estaba tan involucrado en lo que Carina le contaba que ni siquiera se enteró de lo que estaba comiendo.

Se moría por saberlo todo sobre ella. ¿Por qué? Obviamente, porque estaba loco.

—Llevo toda la noche hablando de mí y tú apenas has abierto la boca —comentó Carina cuando terminaron de cenar.

—Te enterarás de todo lo que quieras si vienes esta Navidad a casa. Le he dicho a mi familia que te había invitado, pero eres libre de hacer lo que quieras. Si no te apetece venir, no pasa nada.

—Estás de broma? No me lo perdería por nada del mundo. La verdad es que no puedo evitar recordarte como el hombre al que conocí en verano a pesar de que sé que todo aquello era mentira.

Lo cierto es que no te conozco y, aun así, estoy cómoda contigo.

—Quiero que tengas muy claro que nada de lo que hubo entre nosotros fue mentira. Es cierto que había cosas de las que no podía hablar contigo, pero te aseguro que todo lo que te conté, te lo conté de verdad, no era parte de la misión. Era yo el que hablaba, no el playboy por el que me tuve que hacer pasar.

—¿No eres así en realidad? —se sorprendió Carina.

—Claro que no —sonrió Jude.

—Me pregunto si habría ocurrido lo mismo si hubieran mandado a un agente diferente.

Jude frunció el ceño.

—Yo prefiero no planteármelo. ¿Recuerdas que una vez me preguntaste si era celoso? Me he dado cuenta de que contigo, lo soy, pero estoy trabajando para no serlo. Lo cierto es que, cuando

estoy contigo, me dan ganas de gritar «¡yo la vi primero!»

—¿Y qué te parecería si yo me comportara de la misma manera?

—A mí me encantaría —bromeó Jude—. ¿Quieres más café o nos vamos?

—Vámonos.

Una vez en la calle, pasearon juntos agarrados de la mano, mirando escaparates.

—¿Estás cansada? ¿Quieres que te lleve a casa? —le preguntó Jude al cabo de un rato.

—No, lo cierto es que me gustaría ir a tu hotel.

Jude tragó saliva.

—¿Y eso?

—Ya ves, me apetece ver tu habitación.

—Si quieres poner a prueba mi fuerza de voluntad, no te aconsejo que lo hagas porque no creo que aguante.

—En lo que a mí respecta, puedes dejar la fuerza de voluntad fuera de juego este fin de semana porque quiero volver a empezar contigo.

—Mmm, eso suena de maravilla. Ahora, lo único que me falta es encontrar un taxi —contestó Jude mirando a su alrededor—. Porque, claro, no creo que quedara muy bonito que te cargara como un saco de patatas y saliera corriendo hasta el hotel.

Aquello hizo reír a Carina.

A Jude le encantaba su risa.

¡Cómo amaba a aquella mujer!

Cuando había salido de casa aquella noche, Carina no había tenido intención de acostarse con Jude a pesar de que lo echaba de menos, pero, cuando le había preguntado si se quería ir a casa, se había dado cuenta de repente de que no se quería separar de él.

Carina no estaba segura de si quería que Jude estuviera enamorada de ella. Saberlo le hacía todavía más difícil decidir qué era lo que esperaba de su relación.

Le había dicho que quería ir a su hotel y se había puesto nerviosa. Lo cierto era que no sabía qué prefería, si estar con él o no verlo nunca más.

Al final encontraron un taxi que los llevó al hotel. Una vez allí, Carina oyó música y, al girarse, comprobó que había una orquesta tocando en el bar.

—No es música country, pero podríamos quedarnos un rato —sugirió.

—¿Te estás arrepintiendo? —sonrió. Jude.

Carina apartó la mirada.

—No pasa nada —le aseguró Jude tomándola de la cintura—. Tus deseos son órdenes para mí.

—Recuérdame que te recuerde eso dentro de un rato —sonrió Carina.

Una vez sentados en una mesita en el bar, pidieron vino y cerveza y, al cabo de un rato de estar escuchando a la orquesta, Jude la invitó a bailar.

—Creía que no me lo ibas a pedir nunca —suspiró Carina.

Bailaron tres piezas antes de que la orquesta hiciera un descanso y, entonces, volvieron a su mesa y, viendo que la cerveza se había quedado sin fuerza y que a Carina ya no le apetecía el `pino, decidieron subir a la habitación.

—No he venido preparada —objetó Carina—. No me he traído pijama... ni preservativos.

—No te preocupes por el pijama porque no lo vas a necesitar para nada y, en cuanto a los preservativos, yo he sido más previsor que tú y sí he traído.

—Seguro que de pequeño eras Boy Scout —bromeó Carina.

—Así es —sonrió Jude mientras avanzaban hacia el ascensor.

Una vez arriba, se pararon ante una puerta y Jude la abrió y la invitó a pasar. Una vez dentro, Carina se fijó en lo espaciosa, bonita y elegante que era la suite que había elegido, que incluso tenía bañera de hidromasaje.

Lo cierto era que Jude estaba encantado con la habitación, desde la que había una maravillosa vista de Manhattan de noche.

Ahora que Carina estaba allí era todavía más bonita.

—¿No te apetece desnudarte? —le propuso. Carina se giró y sonrió.

Acto seguido, se quitó el vestido y Jude sintió que se quedaba sin aliento, pero consiguió no tocarla hasta que la prenda cayó al suelo.

—Ven aquí, déjame a mí el resto —le dijo con voz ronca.

Carina fue hacia él y Jude le quitó la ropa interior y se desnudó. A continuación, la besó con toda la pasión que llevaba meses

encarcelada dentro de él y recorrió su cuerpo con lengua, labios y dedos hasta que llegó a su entrepierna, que encontró húmeda y caliente.

—Por favor, Jude... —le dijo Carina tumbándose en la cama.

Jude se introdujo en su cuerpo y Carina se puso a su ritmo hasta que ambos alcanzaron el orgasmo y quedaron fundid—os en un abrazo.

—¿En qué piensas? —le preguntó Jude al cabo de un rato.

—En lo maravilloso que es hacer el amor contigo —sonrió Carina.

—¿Has estado con otros desde que no nos vemos?

—No, la verdad es que no me ha apetecido —contestó Carina sinceramente.

—Me alegro —sonrió Jude yendo al baño a lavarse.

Cuando volvió, encontró a Carina tumbada de lado, con la cabeza apoyada en la mano, esperándolo.

—Te diría que tienes un cuerpo escultural, pero no te lo voy a decir no vaya a ser que se te suba a la cabeza —le dijo al verlo aparecer desnudo.

Como si sus palabras fueran mágicas, Jude sintió que se endurecía de nuevo y se rió.

—Me parece que se me ha subido otra cosa —sonrió saltando sobre la cama y tomándola entre sus brazos.

Capítulo 14

A la mañana siguiente, Carina y Jude fueron al apartamento de ella a recoger ropa. Se habían despertado temprano, pero, cuando quisieron reaccionar y levantarse, eran más de las once. Desde el principio, los dos tuvieron claro que Carina se quedaría en el hotel con él mientras Jude estuviera en Nueva York.

—Ahora me explico cómo te mantienes en forma —comentó Jude al llegar al apartamento de Carina, situado en un tercer piso sin ascensor.

—Por lo menos yo no tengo que llevarme el piano a clase todos los días. Gloria se lleva el violín a todas partes. La verdad es que no se queja. Las dos estamos encantadas de que nos hayan aceptado en el conservatorio y de que hayamos encontrado un piso que podamos pagar —le explicó Carina—. Bienvenido a mi madriguera.

Jude entró y miró a su alrededor.

—¿Y dices que aquí vivís tres?

—Así es. Annie se ha ido a pasar las vacaciones con su familia y supongo que Gloria se habrá quedado a dormir en casa de Frank, su novio.

—Me alegro de haber venido a Nueva York porque te habrías quedado muy sola.

Carina entró en su dormitorio recogió algo de ropa.

—Estoy acostumbrada.

—¿Cuánto te falta para graduarte?

—Termino el curso en junio, pero no he decidido si seguir con mi formación musical o buscar un lugar en el que poder compartir mi música con otros.

Jude no comentó nada.

Carina metió un vestido en la bolsa de viaje porque el sábado por la noche iban a ir a una representación de la que Jude había conseguido entradas a un precio desorbitarte.

—Ya estoy —anunció.

—Yo, también —contestó Jude.

A continuación, volvieron al hotel y no salieron de la habitación hasta el sábado por la noche.

Tal y como había prometido, Joe Crenshaw había organizado

una barbacoa. Faltaba una semana para Navidad y había invitado a un montón de gente.

Aquel día, Jude se levantó pronto para ir a recoger a Carina a San Antonio. No la veía desde el Día de Acción de Gracias aunque mantenían contacto diario a través del teléfono y del correo electrónico.

Durante el fin de semana que pasaron juntos en Nueva York no hablaron de su relación. Jude se conformaba con que hubiera accedido a pasar aquellos días con él y a ir al rancho familiar en Navidad.

Jude era consciente de que Carina no tenía mucho tiempo libre pues se pasaba el día ensayando. Sabía que la música era muy importante para ella y no tenía ni idea de dónde podría encajar él en su vida, así que, de momento, no preguntaba por si no le gustaba la respuesta.

Cerca de las nueve de la mañana, entró en casa de Carina, que lo estaba esperando junto a la puerta principal. Jude bajó del coche, fue hacia ella y la tomó entre sus brazos, pero notó que Carina estaba rara.

—¿Qué te pasa? —le preguntó al cabo de un rato de conducir en silencio.

—A ti es imposible ocultarte nada, ¿eh? —contestó Carina.

Jude se encogió de hombros.

—Mi madre está muy disgustada porque haya aceptado tu invitación. Según ella, todo lo que le está pasando a mi familia es culpa tuya.

Maravilloso.

—¿Tu padre opina lo mismo?

—No lo sé, no habla mucho —contestó Carina—. Mi madre ha sufrido mucho con todo lo que está pasando y la verdad es que no me hacía gracia darle otro disgusto.

—Pero, aun así, has decidido venir a mi casa.

—Ya me había comprometido contigo y, además, estoy deseando conocer a tu familia. Le he dicho que sentía mucho que se lo tomara así, pero que tú no tienes la culpa de nada. ¡Si Al y Ben no se hubieran dedicado a meter droga en este país nada de esto habría ocurrido!

Jude comprobó con alivio que Carina lo defendía aunque no le

hacía ninguna gracia que sus padres, por lo menos su madre, lo culpara de algo que no era culpa suya.

—Me alegro de que hayas venido —le dijo agarrándola de la mano—. ¿Estás nerviosa?

—Un poco.

—No te preocupes, solamente vas a conocer a Jake y a Jared y a sus mujeres, a mis padres y a mis sobrinos. Ninguno de ellos muerde.

—Menos mal —sonrió Carina.

—Lo que sí te advierto es que no van a parar de tomarte el pelo. El secreto es devolvérsela siempre que puedas.

—Lo tendré en cuenta.

Dos horas después, llegaron al rancho de la familia Crenshaw y Carina se quedó con la boca abierta. Ella había esperado ver un par de casas junto a la carretera, no tenía ni idea de que fuera a ser una propiedad tan grande en la que había todo tipo de ganado..

Cuando, tras recorrer varios kilómetros de campo, llegaron a la casa principal, a Carina se le antojó que parecía un hotel.

—¿Qué es eso que huele tan bien?

—La barbacoa de mi padre —contestó Jude ayudándola a bajar del coche.

A continuación, la guió bordeando la casa hasta que llegaron a un patio formado por dos alas de un mismo edificio. Allí había tres parejas con una niña pequeña y un bebé.

En cuanto los vieron llegar, los hombres se pusieron en pie.

—Bienvenida a nuestra casa, Carina —la saludó el mayor de todos—. Soy Joe Crenshaw, el padre de Jude —añadió tomándola de la mano y guiándola hacia los demás—. Te presento a mi mujer, Gail, a mi hijo, Jake, a su mujer, Ashley, a su hija, Heather, y a su hijo, Joey.

—Qué guapa eres —dijo Heather—. Eres igual que una muñeca que mi padre me regaló por mi cumpleaños. ¿Quieres que te la enseñe?

—Claro —contestó Carina.

Al instante, Heather corrió hacia el interior de la casa.

—Éste es mi hijo Jared y su mujer, Lindsey —añadió Joe Crenshaw girándose hacia los demás con una gran sonrisa—. Y a vosotros os digo que, si os estabais preguntando por qué Jude

llevaba estos meses un poco cabizbajo, aquí tenéis la razón: Carina Patterson.

—Vaya, papá, muchas gracias —dijo Jude tomando de la mano a Carina.

—Bueno, ya veo que en esta zona del estado los hombres salen muy grandes —bromeó ella mirando a los dos hombres que tenía a cada lado.

—¡Ni que lo digas! —exclamó Ashley poniéndose en pie y abrazándola—. Ven, siéntate y tómate un té con hielo.

Jude le puso una silla y tomó otra para él al tiempo que Heather volvía con la muñeca.

—Mira, se llama Sofía —le dijo mostrándole una preciosa muñeca de larga melena morena ataviada con ropa de estilo mexicano.

—Es preciosa.

—Es mi muñeca preferida —sonrió la niña—, pero te la dejo.

—Muchas gracias —contestó Carina.

Las siguientes horas pasaron volando. Todos juntos prepararon una comida ligera parada ir picando algo hasta que llegara la carne de la barbacoa y Carina ayudó como una más de la familia a mecer a Joey mientras los demás preparaban ensalada de patata, ensalada de col y alubias con tomate.

A continuación, Heather le enseñó la casa, pero la mejor parte vino cuando las mujeres le contaron cómo había conocido cada una a su marido.

Gail le contó lo que había supuesto criar a cuatro hijos un tanto salvajes y, por la noche, tuvo ocasión de enterarse de más cosas cuando llegaron los amigos y los vecinos.

Habían contratado a una orquesta, que se colocó en el patio, y los hombres apartaron las mesas para poder bailar.

Carina lo observaba todo desde el césped, a cierta distancia. Jude la vio y fue hacia ella, abrazándola de la cintura por detrás.

—¿Qué tal lo llevas? —le preguntó mordiéndole el lóbulo de la oreja.

Carina se giró y lo besó.

—Esto es divertidísimo —contestó Carina sinceramente—. Desde luego, tu padre no repara en gastos.

—Lo que más le gusta a mi padre en el mundo es organizar

barbacoas. Menos mal que la carne es nuestra porque, de lo contrario, se habría arruinado con todas las fiestas que ha organizado desde que yo soy pequeño.

—Tu padre es un encanto, Jude —comentó Carina—. Tu madre, también. Me caen los dos muy bien.

—Me alegro. Tú también les has caído muy bien a ellos.

—¿Saben lo de mis hermanos?

—Sí, yo le cuento todo a mi familia. Quiero que entiendas que lo que tus hermanos han hecho no tiene nada que ver contigo. Yo sé que los quieres mucho, pero, tal y como tú has dicho esta mañana, si no hubieran elegido saltarse la ley, no estarían ahora mismo en la cárcel.

—Ya lo sé, pero a mis padres les está costando mucho aceptarlo.

—Y yo les recuerdo constantemente su pérdida.

—Eso me temo.

—Yo puedo vivir con ello, pero tú...

Carina suspiró

—En Nueva York era más fácil.

—Sí, pero la realidad es que nuestras familias viven aquí y son una parte muy importante de nuestras vidas, así que tenemos que enfrentarnos a ello e intentar solucionarlo si queremos tener una relación en el futuro.

—Tienes razón —contestó Carina con tristeza—. Voy a ver si necesitan que ayude en algo —

añadió alejándose.

Jude se quedó mirándola y sintió que le dolía el alma. Sabía que establecer una relación con Carina dadas las circunstancias iba a ser difícil. Ahora debía aceptar que, tal vez, Carina eligiera no volver a verlo.

¿Y cómo sobreviviría?

Capítulo 15

Carina se había quedado dormida cuando oyó que la puerta de su habitación se abría.

—Espero que seas tú, Jude, y no uno de tus hermanos. ¡A ver si vas a tener alguno sonámbulo!

Jude se metió en su cama, tapándole la boca con un beso para que no se riera.

—¿Me reconoces?

—No sé... me parece que me vas a tener que dar otro beso.

A continuación, hicieron el amor de manera furiosa y rápida, llegando ambos a un orgasmo explosivo que los dejó satisfechos y con la respiración entrecortada.

—Tengo que volver a mi habitación — murmuró Jude.

—¿Y eso? —dijo Carina jugando con su pelo.

—Jake me ha advertido que tuviéramos cuidado porque, a lo mejor, Heather se despertaba —

suspiró Jude.

—Ah, eso explica la urgencia.

—No, la urgencia viene porque llevo semanas sin verte y me estaba muriendo por hacerte el amor.

—Ah, bueno... ¿y has calmado tu sed?

—De momento —contestó Jude—. ¿Te quieres quedar a pasar las navidades con nosotros?

—Me encantaría, pero no puedo. Mis padres no lo entenderían. Están haciendo un gran esfuerzo para aceptar que sigo saliendo contigo. Soy la única hija que tienen para pasar las navidades este año.

—Espero que con el tiempo entiendan lo que ha sucedido.

—Yo ya lo he entendido, así que ahora les toca a ellos.

—Me alegro de que tú lo hayas comprendido.

—También los comprendo a ellos, ¿sabes? Están dolidos y buscan un culpable.

—¿Cuándo volveremos a vernos?

Carina se quedó pensativa.

—Creo que será mejor que no nos volvamos a ver hasta después de las vacaciones.

Jude se apartó, se puso en pie y se vistió.

—Jude?

—Me tengo que ir. Nos vemos por la mañana —contestó Jude saliendo de su habitación.

A continuación, se dirigió al patio y se quedó mirando el cielo, preguntándose cómo demonios se había metido en aquel lío.

Tenía que olvidarse de Carina y seguir con su vida. Se dijo que ya lo había intentado, pero sus sentimientos eran tan fuertes que no lo había conseguido. Pues, a lo mejor, tenía que intentarlo con más ahínco.

Tenía que olvidarse de ella y no empeñarse en tener una relación con una mujer con la que no podía tenerla.

Al cabo de un rato, su hermano Jake salió también al patio y esperó a que fuera Jude quien hablara.

—¿Qué haces por aquí? —le dijo al cabo de un rato.

—Tenía sed —contestó Jake—. ¿Y tú?

—Estaba intentando dilucidar la manera de arreglar mi vida —contestó Jude—. Los padres de Carina me odian, lo que me hace preguntarme una y otra vez si ella terminará cediendo a su presión. No puedo soportar la incertidumbre de estar todo el tiempo preguntándome si lo hará, si no lo hará, si me amará lo suficiente como para ponerlos en su sitio o si, al final, me considerará solamente una aventura pasajera y se olvidará de mí.

—¿Te he contado alguna vez que, cuando le pedí a Ashley que se casara conmigo, me dijo que no?

—No, no me lo has contado —contestó Jude—. Llevaba enamorada de ti toda la vida. No entiendo nada.

—Yo tampoco lo entendía, pero a ella le parecía lo más lógico del mundo.

—Mujeres —murmuró Jude—. No puedes vivir ni con ellas ni sin ellas.

—Así es —dijo Jake chasqueando la lengua—. ¿Le has pedido que se case contigo? —le preguntó su hermano tras un largo silencio.

—No. Ni siquiera quiere pasar las navidades conmigo, así que no creo que quiera casarse conmigo.

—Yo no estaría casado con Ashley si no hubiéramos hablado de lo que a ella le molestaba. Si no me hubiera comunicado con ella, si

no le hubiera dicho qué sentía, ella no habría entendido mis intenciones.

—Yo le he dicho Carina que la quiero.

—¿Y?

—Y nada. Se quedó mirándome como si no habláramos el mismo idioma.

—Vaya.

—Lo único que tengo claro es que le gusta acostarse conmigo, pero eso no dice mucho, simplemente que disfruta del sexo conmigo.

—¿Te ha dicho alguna vez lo que siente por ti?

—No. Supongo que le gusta estar conmigo.

—Ha venido a conocer a tu familia. Yo diría que algún tipo de afecto te tiene.

—Sí, pero hace un rato me ha dicho que cree que lo mejor será que esperemos a después de las vacaciones, cuando los dos hayamos vuelto a la Costa Este, para volver a vernos. Parece que se avergüenza de salir conmigo.

—Debes admitir que la situación no es muy normal.

—Lo admito e incluso me he planteado que, tal vez, debería olvidarme de ella.

—¿Eso te haría feliz?

—No, pero ahora tampoco lo soy.

—¿Qué te gustaría hacer?

—Subirla al coche y convertirla en mi mujer antes de que le diera tiempo a reaccionar.

—Los hombres de Cromagnon, hermano, se extinguieron hace mucho tiempo. Hoy en día, si te quieres casar con una mujer, tiene que ser con su beneplácito.

—Me has preguntado qué me gustaría hacer, no lo que haría, lo que está bien porque no tengo ni idea de lo que haría. Cuanto más lo pienso, más considero que dejar la relación sería lo correcto.

—Tú verás.

—Por lo menos, así, haría algo.

—¿Aun a riesgo de equivocarte?

—Por qué me iba a equivocar? Quiero recuperar mi vida, quiero volver a ser como era antes de conocerla.

—Buena suerte —le deseó su hermano bostezando y poniéndose

en pie.

A la mañana siguiente, cuando bajó a desayunar, Carina no vio a Jude y se dijo que, a lo mejor, estaba dormido.

Se encontró con Ashley y un par de mujeres más en la cocina y la cuñada de Jude se las presentó explicándole que eran las esposas de un par de vaqueros del rancho que habían ido a ayudar a recoger la fiesta del día anterior.

—Me tengo que ir a la clínica —le explicó diciéndole que era veterinaria.

—¿Sabes si Jude está despierto?

—Sí, lleva un par de horas por ahí con Jake y con Jared. No sé exactamente dónde han ido, pero supongo que estarán en los establos porque hay una yegua que está a punto de parir —le explicó Ashley——. ¿Quieres desayunar? Sírvete lo que quieras.

—Gracias —contestó Carina—. Es que me quería ir a casa y quería ver si me llevaba.

—Espera —le dijo Ashley sacando el teléfono móvil del bolso y marcando un número—.

¿Cariño? ¿Está Jude contigo? Carina quiere hablar con él —le explicó a su marido—. Toma —le dijo a Carina pasándole el aparato —. Te dejo, que me tengo que ir a trabajar. Ha sido un placer conocerte. Vuelve cuando quieras a vernos.

—¿Jude?

—Sí, dime.

—Mira, es que me quiero ir...

—Ah, ¿te quieres ir ya?

—Sí.

—Voy ahora mismo.

Carina subió a su habitación a recoger sus cosas. La noche anterior había sido casi perfecta.

Jude y ella habían bailado, reído y charlado con los demás en magnífica armonía.

Todo había ido bien hasta que le había dicho que quería esperar un poco para volver a verlo.

¿Qué quería de ella?

Si quería saberlo iba a tener que preguntárselo.

—Jude, por favor, háblame —le dijo Carina a mitad de trayecto porque Jude llevaba todo aquel tiempo en silencio.

—¿De qué?

—Para empezar, de por qué no me hablas. Sé que te pasa algo. ¿Estás enfadado conmigo? No me gusta nada que no me cuentes las cosas.

—Perdona, es que tengo un montón de cosas en la cabeza.

—¿Las quieres compartir conmigo?

—Me estaba preguntando por qué te molestas en verme si a tus padres no les hace ninguna gracia.

Carina no contestó inmediatamente. Quería ser sincera con él, pero no sabía cómo explicarle el conflicto que había entre su cabeza y su corazón.

—Quiero salir contigo —anunció—. Por favor, dame tiempo para que mis padres te acepten en mi vida. Cuando en otoño tú me pediste que te diera otra oportunidad y me dijiste que no me ibas a agobiar, yo confié en ti. Por desgracia, a mis padres no les ha hecho gracia. Si quieres continuar saliendo conmigo, va a tener que ser mientras estemos en la Costa Este.

Jude asintió.

—Tienes razón. Te prometí que no te iba a agobiar y no quiero agobiarte. Perdón. Quiero seguir saliendo contigo independientemente de lo que sucede en el futuro, pero me gustaría saber a qué atenerme.

—Me gusta salir contigo, Jude. Creo que es obvio.

—¿Y?

—¿Y qué?

—Me gustaría que me dijeras que no soy el único de nosotros que está enamorado.

Carina se quedó mirando por la ventana.

—Te echo de menos cuando no estoy contigo y pienso un montón en ti, incluso sueño contigo, así que yo diría que me tienes encandilada.

—Lo que no parece que te haga muy feliz.

—Me gustaría no tener estos sentimientos tan conflictivos sobre ti. Me ha ayudado mucho conocer a tus padres y a tus hermanos. Tienes razón, ahora tengo mucho más claro cómo eres y quién eres —le dijo mirándolo—. Es demasiado pronto como para saber si lo que siento por ti durará. En verano caí en tus redes por completo y lo pagué muy caro cuando me enteré de por qué estabas interesado

en mí.

—Ya te he explicado…

—Sí, ya lo sé —lo interrumpió Carina—. Lo que ocurrió me ha hecho darme cuenta de lo poco que te conocía. Nos habías hecho creer a todos que eras un hombre con mucho dinero y sin ningún tipo de ambición.

—¿Me estás diciendo que te habías enamorado de una personalidad falsa?

—Supongo que sí. En cualquier caso, si te fue tan fácil engañarme, supongo que tendría que tener un poco de cuidado.

—¿Crees que te estoy mintiendo?

—No…

—¿Crees que estoy enamorado de ti?

—Creo que estás convencido de ello, sí.

—En resumen, no te fías ni de mí ni de lo que sientes por mí.

—Así es —contestó Carina en voz baja.

—Supongo que eso es todo lo que necesitaba saber.

Capítulo 16

Jude se paseaba por el salón de su casa. Era domingo por la noche y acababa de volver de pasar el fin de semana en Nueva York.

—Tengo que hacer algo drástico o Carina y yo vamos a seguir con esta relación a distancia durante toda la vida —murmuró.

Maravilloso.

¿Desde cuándo hablaba solo?

Se estaba volviendo loco.

Aquel viernes, mientras volaba hacia Nueva York, se había dicho que le iba a pedir que se casara con él porque estaban en abril y le había dado el tiempo que ella le había pedido en Navidad.

,

Sin embargo, antes de que le diera tiempo de decirle nada, Carina había comentado que sus padres, sobre todo su madre, se negaban a hablar de él.

Así que Jude no le había hecho ninguna propuesta porque, tal y como estaban las cosas, sabía cuál iba a ser la respuesta.

Aun así, no quería darse por vencido.

—Me quiere, sé que me quiere.

Desde enero, había pasado, por lo menos, un fin de semana al mes en Nueva York para que Carina tuviera claro que iba en serio con ella.

¿Y si se acercaba por casa de los Patterson a hablar con ellos? Jude estaba dispuesto a escucharlos y a contestar a sus preguntas para convencerlos de que lo que sentía por su hija era de verdad.

Habiendo tomado la decisión, Jude subió a su habitación y se dio una ducha. Bajo el agua, recordó la última vez que se había dado una, en compañía de Carina, a la que le había propuesto que fuera a pasar un fin de semana con él a Maryland cuando terminara el curso.

Jude estaba convencido de que le iba a encantar aquella zona y de que, una vez casados, podrían comprarse una casa por allí.

Mientras salía de la ducha y se secaba, se dio cuenta de que él tenía muy claro su futuro, lo veía con todo lujo de detalles. Lo único que le quedaba era convencer a los padres de Carina de que le

dieran una oportunidad.

Una vez en la cama, no tardó en quedarse dormido y, por supuesto, soñó con Carina.

El sábado siguiente, Jude tomó un avión a primera hora de la mañana. Llevaba toda la semana preguntándose si debía contarle a Carina que iba a ir a ver a sus padres y, al final, había decidido que no.

Tampoco había avisado a los señores Patterson porque había decidido que, si se presentaba allí sin avisar, les sería más difícil deshacerse de él y no tendrían más remedio que escucharlo.

Estaba muy nervioso.

Hubiera preferido estar en una misión arriesgada y se dijo que, al fin y al cabo, lo estaba pues se estaba jugando su futuro.

Una vez en Austin, alquiló un coche y se dirigió a la mansión Patterson.

—Buenos días, Helmuth, ¿están los señores en casa? —le preguntó al mayordomo cuando le abrió la puerta.

—Sí, señor Crenshaw, voy a decirles que está usted aquí.

Jude se quedó esperando.

—Sígame —le dijo Helmuth volviendo al cabo de un rato.

Jude lo siguió hasta un jardín tropical en el que estaba Chris Patterson sentado en su silla de ruedas.

—Así que ha venido usted a verme —lo saludó mirándolo de reojo cuando Jude se acercó—.

Supongo que habrá venido usted a hablar de Carina.

—Así es —contestó Jude aceptando la silla que el padre de Carina le ofrecía.

—Muy bien. Hable.

Jude se quedó en blanco y sólo pudo decir la verdad.

—Estoy enamorado de ella.

—No me extraña porque mi hija es un encanto, pero traicionó usted su confianza y la hizo sufrir terriblemente. Mis tres hijos han sufrido horrores por su culpa.

—Con todos mis respetos, sus hijos están sufriendo por su propia irresponsabilidad, no por mi culpa —contestó Jude—. Si no se hubieran metido en el narcotráfico, nada de esto habría sucedido. Créame que me hubiera encantado que fueran inocentes. Yo sólo cumplí con mi trabajo y le aseguro que no me fue fácil detenerlos.

—Engañó usted a mi hija y le hizo creer que estaba interesado en ella, pero en el juicio dijo que era parte de su misión entablar contacto con ella.

—Sí, era cierto, entablar contacto con ella era parte de mi misión, pero enamorarme de ella, no.

—Carina ha sufrido mucho.

—Lo sé, pero no podía contarle la verdad. Por razones obvias.

—Mi mujer no quiere verlo.

—Lo entiendo —aceptó Jude—. Por mucha lógica que yo le demuestre, ella sufre porque sus hijos están en la cárcel. Espero que algún día entienda que, aunque no hubiera sido yo quien los arrestara, el resultado habría sido el mismo.

—¿Por eso quería hablar usted con nosotros?

—En parte. Venía con la esperanza de que su mujer y usted me aceptaran como parte de la vida de Carina porque quiero casarme con ella.

—Ah.

Jude no sabía qué más decir.

—¿Y ella lo sabe?

—Yo creo que lo sospecha, pero todavía no se lo he propuesto y no lo he hecho porque Carina no quiere ni oír hablar de la posibilidad de que tengamos un futuro juntos si su madre no me acepta.

—Además, tiene usted muy mala fama con las mujeres. Todo el mundo dice que es usted un mujeriego.

—Eso también formaba parte de la misión, era una personalidad inventada. Creo que Carina lo tiene muy claro. Nunca he sido un mujeriego.

—¿Me está pidiendo permiso para pedirle a mi hija que se case con usted?

—De alguna manera, sí. Si ustedes no me aceptan, no tengo esperanzas porque Carina los respeta mucho.

Chris suspiró.

—Mi hija siempre ha antepuesto nuestras necesidades a las suyas. Por ejemplo, no dudó en dejar sus estudios en Nueva York y volver cuando a mí me dio el derrame —recapacitó mirando a Jude durante varios segundos—. Admito que, cuando me enteré de que la había invitado usted a pasar las navidades a su casa, supe que iba

en serio con ella.

—Así es.

—No sé nada de usted aparte de su nombre y de que trabaja para el gobierno. Parece ser que es una persona importante en la vida de mi hija, así que... ¿por qué no se queda a comer y charlamos tranquilamente? Me gustaría saber más cosas sobre usted.

Jude suspiró aliviado. No le importaba que Chris Patterson le hiciera un profundo interrogatorio.

¡Había conseguido hablar con él!

Carina había terminado las clases y ya sólo le quedaban los exámenes finales. Aquel año habían sucedido un montón de cosas en su vida, algunas buenas y otras no tanto.

¿Dónde colocaba a Jude dentro de todo aquello? Lo cierto era que se alegraba de haberlo conocido, pero le habría gustado que hubiera sido en otras circunstancias.

Jude le había enviado un correo electrónico diciéndole que no iba a poder ir a Nueva York aquel fin de semana a verla, lo que la había sumido en una profunda tristeza.

A pesar de todo, se había enamorado por completo de él y sabía que, si Jude la abandonaba, sería terrible, pero ¿cómo podía ser feliz con un hombre al que sus padres no querían ni ver?

Mientras Carina recogía sus cosas para volver a Texas, se dijo que, en cuanto estuviera en casa, iba a hacer todo lo que estuviera en su mano para convencer a sus padres de que Jude era un hombre maravilloso que la hacía muy feliz.

A la media hora, sonó el teléfono.

—Hola, cariño —la saludó su padre.

Carina sonrió encantada.

—¿Qué tal, papi? ¿Cómo estás?

—Yo muy bien. Te llamaba porque hace un par de semanas recibí una visita muy interesante.

—¿La tía Lauraine? —bromeó Carina.

—No, tu tía está en Europa. No, Jude Crenshaw se pasó por aquí a verme, ¿sabes?

Carina se quedó anonadada.

—Jude fue a verte? ¿Para qué?

—Se quiere casar contigo.

Carina pensó que menos mal que estaba sentada en la cama.

—¿Fue a decírtelo a ti y a mí ni siquiera me lo ha pedido?

—No quería que lo rechazaras. Por lo visto, está convencido de que tú antepones nuestra felicidad a la tuya.

Carina se sentía insultada e irritada.

—¿De dónde se ha sacado eso?

—Parece que de ti. Me ha contado que no quieres ni plantearte un futuro con él porque no quieres hacernos daño.

Carina no supo qué decir.

—Vino a decirme que no tiene inconveniente en que lo investigue si no me fío de él.

—¿Y lo has hecho?

—No —contestó su padre—. ¿Para qué? Un hombre que se ofrece a que lo investiguen es porque no tiene nada sucio que esconder. Lo que yo quería preguntarte es si estás enamorada de él.

—Sí, papá, estoy completamente enamorada de él. He intentado evitarlo, pero no he podido

—contestó Carina sinceramente.

—Entonces, no deberías dejar que nadie se interpusiera entre vosotros. Tu madre sigue enfadada con él, pero yo creo que se le pasará con el tiempo. Cariño, aunque ahora creas que no serías feliz si te casaras con él sin nuestra bendición, yo creo que, si no te casas con él, al final, nos vas a odiar.

—¡Papá, no digas eso!

—Tienes que escuchar a tu corazón. Cásate con ese chico. Si no lo haces, te vas a arrepentir.

Carina notó que se le había formado un nudo en la garganta y tragó saliva.

—Gracias, papá. Ahora lo único que falta es que me lo pida.

—Lo hará —le aseguró su padre—. Yo lo único que quiero, es que seas feliz, mi vida. Y tu madre también lo quiere.

—¿Sabe mamá que me has llamado?

—Por supuesto. Ya sabes que no tenemos secretos el uno para el otro.

—Os quiero mucho —se despidió Carina con lágrimas en los ojos.

—Nosotros también. Mantenme al tanto —se despidió su padre.

Carina colgó el teléfono y se quedó mirando el aparato. Su padre

tenía razón. No debía permitir que el hecho de no querer darle un disgusto a su madre marcara las decisiones que tomaba en la vida.

A continuación, consultó en el calendario las fechas y las horas de sus exámenes finales y llamó para reservar un billete a Maryland el mismo viernes en el que terminaba.

Aquel viernes el tráfico estaba peor que nunca y Jude se vio metido en un atasco. Mientras esperaba a que los coches se pusieran en marcha, se encontró pensando en Carina.

Hacía una semana que no sabía nada de ella, lo que no le hacía ninguna gracia. ¿Acaso su padre había hablado con ella y Carina se había enfadado por no decirle que había ido a verlo?

Carina no había contestado a ninguno de los correos electrónicos que le había enviado aquella semana, así que Jude decidió llamarla aquella noche.

Por fin, cuando consiguió llegar a su casa y se disponía a meter el coche en el garaje, se sorprendió al ver que una chica que estaba sentada en los escalones de acceso se ponía en pie y sonreía.

¡Carina!

Jude bajó del coche a toda velocidad, fue hacia ella, la tomó entre sus brazos y la besó con pasión.

—¡Nos están mirando los vecinos! —rió Carina.

—Da igual —contestó Jude—. ¿Cuánto tiempo llevas esperando?

—Diez minutos.

—¿Has cenado?

—No.

—Entonces, te invito a cenar —le dijo Jude agarrando su maleta y abriéndole la puerta de su casa.

—Tienes una casa preciosa —comentó Carina sinceramente cuando Jude se la hubo enseñado.

—Me alegro de que te guste —contestó Jude dándose cuenta de que Carina estaba nerviosa.

¿Por qué? ¿Acaso creía que no le iba a hacer gracia verla?

—¿Te he dicho que te quiero? —le dijo tomándole el rostro entre las manos.

—Sólo un par de veces, pero no me importa que me lo repitas —contestó Carina.

—Eso está bien, pero yo nunca te he oído decir lo que sientes por mí —dijo Jude tras besarla.

Carina palideció.

—¿Te crees que me habría acostado contigo si no te hubiera querido? Al principio, intenté convencerme de que eras solamente un pasatiempo, pero lo cierto era que eras mucho más. Jamás he sentido por nadie lo que siento por ti.

Jude sintió que el corazón le explotaba de felicidad.

A continuación, la desnudó lentamente y la llevó a su dormitorio, donde la depositó en la cama, se desnudó y se tumbó a su lado.

—Qué bonita eres —murmuró acariciándole un pecho.

—Tú me haces sentirme así —contestó Carina con la respiración entrecortada.

Hicieron el amor de manera pausada y, al terminar, tras estar un buen rato abrazados, acariciándose y besándose, Carina se quedó mirándolo.

—Me estaba preguntando cuándo me vas a convertir en una mujer decente —comentó.

Jude la miró sorprendida.

—¿Eso significa que te quieres casar conmigo?

—Vaya, creía que no me lo ibas a pedir nunca —contestó Carina besándolo.

—¿Lo dices en serio? —insistió Jude abrazándola con fuerza.

—Sí.

—¿Cuándo? ¿Hoy? Carina se rió.

—¿Qué te parece si esperamos a junio y nos casamos el mismo día en el que nos conocimos?

—Eso son dos meses. No sé si voy a poder aguantar.

Epílogo

Los Crenshaw ya tenían excusa para otra celebración.

Jude y Carina se habían casado aquella misma mañana en el rancho familiar y ahora todos sus amigos y sus familias se habían reunido para desearles lo mejor y degustar una de las famosas barbacoas de Joe.

Cuando Jude le preguntó si quería que se casaran en San Antonio, Carina contestó que no porque, debido al arresto y al juicio de sus hermanos, su familia ya no tenía intimidad en aquel

lugar, así que habían decidido casarse en el rancho, como los hermanos de Jude.

Los padres de Carina habían acudido a la boda aunque Connie no parecía muy contenta, pero lo había hecho por su hija

Había llegado el momento de la celebración y si había algo que los Crenshaw sabían hacer era una fiesta, así que todo estaba saliendo de maravilla.

Jude y Carina estaban sentados en una mesa y observaban a los demás.

—Siento mucho que tus padres se hayan ido en cuanto ha terminado la misa —comentó Jude besándola.

—Papá le había prometido a mamá que, si accedía a venir, no tendría que quedarse al banquete.

—Me alegro de que hayan venido.

—Yo, también.

—Eh, vosotros dos, a ver si coméis algo, no vaya a ser que papá se crea que no os gusta su comida —comentó Jake acercándose a ellos.

—Ahora vamos, dentro de un rato —contestó Jude.

—Da gusto verte tan feliz, hermanito —sonrió Jake mirando a Carina—. Gracias por librarnos a todos de la tortura de tener que aguantarlo en plan tristón. ¡No te puedes ni imaginar lo que fueron las navidades en esta casa!

—Ya te podrás imaginar que la única razón por la que he accedido a casarme con él ha sido por el bien de tu familia —bromeó Carina.

—¿Cuándo os volvéis a la Costa Este?

—Después del Cuatro de julio —contestó Jude—. Debe de ser que mis jefes y mis compañeros están tan contentos de que me haya casado como vosotros porque me han dado unas buenas vacaciones.

Aquello hizo reír a su hermano.

—¿Te das cuenta de cómo cambian las cosas? Hace un año me estabas diciendo que tú jamás te casarías.

En aquel momento, llegó la madre de Jude.

—Yo me sé de otro que decía lo mismo —comentó—. Los tres que estáis casados decíais lo mismo y mirad. ¿Quién lo iba a decir? ¡Domesticados!

—Ya sólo queda uno —sonrió Jude—. Por cierto, mamá, ¿sabes

algo de Jason? ¿Se ha enterado de que me casaba?

—No sé si le habrá llegado el correo —contestó Gail—. Se lo mandé hace tiempo, pero como no sé ni dónde está... Esto de que tengáis trabajos tan secretos es un fastidio.

—Venga, vamos todos a comer —dijo Jake poniéndose en pie.

—Vamos —dijo Jude tendiéndole la mano a su mujer.

Después de comer, la orquesta tocó durante toda la tarde y Jude y Carina bailaron sin parar.

—¿Reconoces esta canción? —le preguntó Jude mientras bailaban una balada.

—Sí, la he oído un par de veces —contestó Carina.

—Fue la canción que bailamos cuando te conocí.

—¿Les has dicho que la tocaran para nosotros?

—Efectivamente.

—A veces, me cuesta creer que el agente secreto duro y apuesto y el hombre romántico y encantador sean la misma persona —comentó Carina besándolo.

—A mí, también —contestó Jude—. Si mis compañeros de ejército me vieran ahora, se morirían de risa.

—Pues te aseguro que, aunque sé que como agente eres disciplinado y bueno en tu trabajo, es tu parte romántica la que a mí me ha robado el corazón.

Fin.